Victoria secreta

JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

VICTORIA SECRETA

Capítulo primero

Doble sentencia

El jurado, constituido por doce ciudadanos de Los Ángeles, regresó después de deliberar durante veinte minutos escasos. Los hombres se fueron acomodando en sus asientos y uno de ellos, el portavoz, levantóse y carraspeó un par de veces.

Las miradas de los espectadores estaban fijas en aquellos hombres encargados por la Ley de decidir la suerte de los dos acusados que aguardaban, nerviosamente, el resultado de la deliberación. Sólo la desesperada esperanza, que es lo último que abandona al acusado, podía hacerles concebir aún alguna duda acerca del veredicto que iban a dictar aquellos hombres de fría mirada y boca apretada. Alguno de ellos, al tropezar con la ansiosa pregunta que latía en los ojos de los que esperaban el fallo, se apresuró a desviar la mirada, esquivando la respuesta que se le pedía. Y esto fue un indicio bien claro para don César de Echagüe que, como principal ciudadano de Los Ángeles, no podía faltar al más espectacular de los procesos verificados en la antigua ciudad hispanomejicana. La espectacularidad residía, principalmente, en la importancia de los procesados: Charles Turner, antiguo abogado que más de una vez actuó como defensor en aquel mismo tribunal donde ahora había sido defendido por un compañero que no se sintió nada halagado por la tarea que le fue impuesta. El otro era Howell Shepard, uno de los primeros notarios que actuaron en Los Ángeles. El que dos hombres como ellos, reconocidos como obligados defensores de la Ley, tuvieran que responder ante ella de unos graves delitos era más que suficiente para que el proceso reuniera todas las características necesarias para despertar el interés de los habitantes de la población californiana. La acusación había sido con amplitud de pruebas. Turner y Shepard habían intervenido, junto con varios miembros más de la tristemente famosa banda de la Calavera, en el asalto a mano armada a la tienda del joyero chino Sun Chih, a quien robaron una fortuna en perlas y brillantes. Como prueba de su culpabilidad habíanse encontrado en poder de los acusadas las perlas y los brillantes y, además, confirmando la acusación de Sun Chih de que fueron miembros de la banda de la Calavera los que le robaron, en poder de Turner y de Shepard encontráronse varios revólveres de un modelo especial que se sabía pertenecían a los bandidos.

Por lo tanto, no sólo se juzgaba al abogado y al notario por el robo de las piedras preciosas, sino que también se le acusaba de formar parte de una banda odiada por todos los habitantes de Los Ángeles, banda que había cometido robos y tropelías sin cuento, y que, además, nunca había vacilado en llegar hasta el crimen. Esto, unido a otros delitos de estafa y de quebrantamiento de la obligaciones inherentes a su cargo, anuló las protestas de inocencia que hacían los acusados, quienes al fin admitieron que parte de dichas acusaciones eran ciertas pero, en cambio, las más graves no lo eran. Tanto Turner como Shepard sudaban copiosamente cada vez que se sentaban en el sillón de los testigos y con plañidera voz y nerviosos ademanes se esforzaban por hacer comprender a su jueces que eran víctimas de un diabólico plan ideado y puesto en práctica por aquel odioso bandido llamado *El Coyote.*

Estas palabras habían hecho sonreír a tres personas. En primer lugar a César á

Echagüe, que se acarició el bigotillo que adornaba su labio superior y ahogó un fingido bostezo. También Ricardo Yesares, propietario de la ya famosa posada del Rey Don Carlos, sonrió levemente. Y, por último, también sonrió Dutch Louie, el comerciante holandés especializado en la venta de maquinaria agrícola. Los motivos que tenía Louie para sonreír, sólo él y otros que no estaban presentes los conocían. Los de César di Echagüe y Ricardo Yesares eran conocidos por ambos y por muy contadas personas más.

Habían seguido el proceso y los cargos contra los acusados se hicieron tan graves, que sólo ellos conservaron aún alguna esperanza de que el jurado comprendiera su inocencia y dictase un veredicto de no culpabilidad. Por eso ahora aguardaban ansiosamente, sin ver que la sentencia estaba escrita en el rostro de cada uno de los miembros de aquel jurado.

El juez miró interrogadoramente al portavoz y, con voz pausada pero impresionante, preguntó:

-¿Han llegado a un acuerdo?

El portavoz del jurado, veterano en aquel menester, asintió con la cabeza afirmando que los doce miembros del jurado habían llegado a un completo acuerdo.

-¿Cuál es su veredicto? -preguntó el juez.

El portavoz anunció con voz hueca que el jurado había hallado a los acusados Charles Turner y Howell Shepard culpables de los delitos de asalto a mano armada, de robo en cuadrilla y, además, los hacía responsables de los delitos cometidos en la ciudad por la banda de la que ellos formaban parte; por consiguiente, recomendaba contra ellos la aplicación de la pena más severa a que hubiese lugar.

Un profundo silencio se hizo en la sala. Todas las miradas se fijaron en el juez, mientras los dos acusados aún luchaban por comprender la verdad de su suerte.

El juez, don Julio Ramírez, que también lo había sido de Los Ángeles cuando la roja, blanca y verde bandera de Méjico ondeaba sobre el Ayuntamiento, y que luego fue elegido por sus conciudadanos para seguir administrando en su nombre la Justicia, carraspeó, golpeó la mesa con la pequeña maza de caoba, imponiendo un silencio que en realidad no podía ser más intenso ni completo, y, por último, se dispuso a hablar. Un alguacil ordenó a los dos acusados que se pusieran en pie para escuchar la sentencia, y Turner y Shepard obedecieron, sintiendo que las rodillas se les licuaban.

Ramírez, hablando un inglés casi perfecto, anunció:

-Charles Turner y Howell Shepard: Este tribunal os ha hallado culpables de los cargos que pesaban contra vosotros: cumpliendo mi deber y haciendo uso de las atribuciones que me confiere la Constitución de los Estados Unidos y la del Estado de California, os condeno a ser colgados por el cuello hasta que la muerte os llegue. La sentencia se cumplirá después de transcurridos quince días a contar desde hoy y antes de que hayan pasado veinte.

Un denso murmullo acompañó las palabras del juez, en tanto que los condenados trataban en vano de elevar una protesta. Teodomiro Mateos, jefe de policía y sheriff de Los Ángeles, avanzó para hacerse cargo de los dos reos, que desde aquel momento, quedaban bajo su jurisdicción, ya que él tendría que ser su guardián hasta el momento de conducirlos al patíbulo. Y no sólo esto, sino que él mismo tendría que anudar a su cuello la cuerda que debía ahogar su vida y abrir la trampa sobre la que se sostendrían por última vez en pie.

Salieron los condenados escoltados por Mateos y por cuatro de sus hombres y el público abandonó el tribunal. Durante todo el día, en Los Ángeles sólo se hablaría de la sentencia que se había dictado contra dos de los hombres que durante mucho tiempo fueron considerados como los más honorables de la población.

Capítulo II

Conferencia en la posada del Rey Don Carlos

Don César de Echagüe sólo parecía tener un vicio: el de ir a cenar casi todas las noches en la posada del Rey Don Carlos, propiedad de don Ricardo Yesares, y situada en la plaza. ¿A qué se debía semejante fidelidad de don César a la ya famosa posada? A esta pregunta la mayoría de los habitantes de la ciudad hubieran replicado que el motivo que llevaba a don César hasta la posada del Rey Don Carlos era la maravillosa cocina del establecimiento.

Nadie negaba esta posibilidad, porque Ricardo Yesares, llegado pocos meses antes a la ciudad, había sabido reunir un magnífico conjunto de cocineros, cocineras, vinos y licores, que convertían la nueva posada en un verdadero restaurante, igual, si no superior, a los de Boston, Filadelfia o Nueva York. California, en los años posteriores, gozaría fama de ser cuna de la mejor cocina de todos los Estados Unidos. San Francisco y Los Ángeles serían las ciudades que albergarían los mejores restaurantes de la costa del Pacífico, y durante muchos años todos afirmarían que en la posada del Rey Don Carlos era donde mejor se podía comer.

Había dos cocineros y una cocinera indios, dos mejicanos, un sueco, un español, un francés y dos chinos. El conjunto podía resultar un poco extraño, mas era altamente eficaz y desde la carne con chile hasta el chop suey, pasando por un centenar más de platos a cual más exquisito, los argumentos que la posada presentaba para afirmar su predominio sobre los restantes locales de la ciudad eran sumamente convincentes, y resultaban un imán poderoso que atraía hasta allí, todas las noches y mediodías, a una legión de clientes que iban reeducando sus paladares, estragados por tantos años de alimentarse a base de tocino y huevos fritos, fríjoles con salsa roja y tortas dei maíz.

Como la clientela era mucha, fue preciso ir reduciendo la capacidad de la posada y aumentar la del restaurante. Casi la mitad de las habitaciones que en un principio se destinaron a dormitorios fueron luego convertidas, mediante el derribo de los tabiques intermediarios, en nuevos comedores. Otras siguieron siendo habitaciones; pero en vez de contener camas contuvieron mesas, reservadas a aquellos clientes que escogían la posada como punto donde reunirse a comer y, al mismo tiempo, a, discutir en privado asuntos comerciales.

Dos noches después de haberse hecho pública la sentencia recaída sobre Charles Turner y Howell Shepard, César de Echagüe, como de costumbre, presentóse a cenar en la posada. Conseguir una buena mesa hubiera sido punto menos que imposible. El patio estaba lleno a rebosar, el gran comedor de la planta baja sólo ofrecía espacio para el paso de los camareros; los dos del primer piso estaban igualmente repletos.

-¡Llegó usted tan tarde, don César! -se lamentaba Yesares, acompañando al hacendado por todos los sitios donde podía haber posibilidad de encontrar una mesa libre.

-Quería llegar antes -replicaba César de Echagüe-; pero un asunto me entretuvo... ¿Es posible que no quede ni una mesa?

Todos los que estaban cerca oyeron la respuesta de Yesares:

-Si quisiera usted un reservado... Me queda uno libre...

Echagüe torció el gesto. No le gustaba comer encerrado entre cuatro paredes, lejos de la música que amenizaba la comida de los demás.

-Es la única solución -aseguró Yesares-. Antes de una hora no quedará libre ninguna mesa. Y aun entonces sólo quedará alguna de las peores.

Tras larga vacilación, don César aceptó lo único que podía ofrecerle el propietario del establecimiento.

-Bien, lléveme a ese reservado -suspiró.

Pero toda su desgana y malhumor desaparecieron en cuanto Yesares cerró tras ellos la puerta del reservado. Y mientras los que se fijaron en las escenas anteriores le imaginaban anotando los encargos de César de Echagüe, Yesares, en realidad, sentóse frente al dueño del rancho de San Antonio y del rancho Acevedo, que, borrando de su rostro toda displicencia, empezó:

-Tenemos que hacer algo por esos desgraciados, Ricardo.

Yesares asintió.

-No he podido venir antes sin exponerme a que la gente sospechara. Es muy importante que la gente no empiece a atar cabos sueltos y nos asocie con lo que ha de ocurrir... Desde luego, tenemos que evitar que Shepard y Turner mueran en la horca. Yo contaba con que los condenarían a unos años de cárcel; pero no imaginé que fuesen tan severos con ellos.

-Yo tampoco, don César -replicó Yesares-. Si los ahorcasen los remordimientos no me dejarían vivir.

-Los salvaremos.

-Pero ¿cómo? No podemos presentarnos ante Mateos y contarle lo que...

-No, porque no querría creernos -replicó César-. Además, si hiciésemos eso destruiríamos nuestra obra y no podríamos volver a ser lo que hemos sido.

-Entonces...

César comprendió lo que Yesares quería decir.

-Sí, no nos queda otro remedio que salvarlos violentamente. Tendremos que asaltar la cárcel y ponerlos en libertad.

-¿Y convertirlos en proscritos?

-Sí. No podemos hacer nada más. Podrán buscar amparo en otro Estado o territorio. Han cometido los suficientes delitos para que semejante castigo sea el menos grave que pueda caer sobre ellos.

-¿Qué debemos hacer?

-Tenemos tiempo de sobra, y pasado mañana, si la noche se presenta favorable podemos intentar el ataque.

-¿Los dos?

César meditó unos segundos.

-No. Uno de nosotros vigilará la salida. El otro entrará en la cárcel y dominará al guardián.

-A los guardianes -corrigió Yesares.

-Los otros serán fáciles de dominar. A sus manos llegará el oro suficiente para que se conviertan en débiles adversarios. La cárcel estará vigilada exteriormente por seis de esos hombres. Cada noche se cambia la guardia y, por lo tanto, la dificultad principal estriba en saber quiénes vigilarán la cárcel la noche en que intentemos salvar a esos desgraciados. Si fueran siempre los mismos, la cosa no tendría dificultad.

-En ese caso no se les podrá sobornar...

-No, no -interrumpió César-. No es eso. Se les podrá sobornar porque existe una cosa que tú tal vez ignores y que se llama cálculo de probabilidades. Es un cálculo a

base de cantidades desconocidas o, mejor dicho, supuestas. Se emplea mucho por los jugadores de ruleta y sé que los resultados son excelentes. Mateos tiene a sus órdenes treinta hombres. Ellos constituyen la totalidad de la fuerza de la policía. Anteanoche colocó a seis de ellos de guardia. Ayer puso a otros seis. Hoy son otros tantos los que vigilan la cárcel. Ninguno de ellos ha montado esa guardia antes. Por lo tanto, es de suponer que mañana elegirá a otros seis, que no serán ninguno de los que han vigilado la cárcel en estas tres noches. Y así es también fácil suponer que los centinelas de pasado mañana serán los últimos que quedarán sin haber montado ninguna de esas guardias. Tan pronto como sepamos quiénes vigilarán mañana la cárcel podremos sobornar a los seis restantes. Se dejarán atar y amordazar, a fin de cubrir las apariencias y, luego, sólo tendré que entrar en la cárcel, dominar al carcelero y sacar tranquilamente a los presos.

-¿Y si alguno se resistiese al soborno y nos tendiera una trampa?

-Para eso iremos los dos, y en el caso de una encerrona, tú podrías acudir en mi ayuda.

-Expuesto así me parece muy sencillo, mas, en realidad, puede no serlo tanto.

Tal vez; pero o lo hacemos así o dejamos que ahorquen a esos pobres. Estoy seguro de que todo saldrá bien. Pasado mañana estarás preparado para actuar como *El Coyote*. Y ahora vuelve a reunirte con tus clientes, pues tal vez les extrañe tu ausencia. Pasado mañana te enviaré las instrucciones complementarias.

Levantóse Yesares y partió a dar a los cocineros las órdenes necesarias para la preparación de la cena del señor Echagüe. Éste quedó en el reservado repasando mentalmente todos los detalles de su audaz proyecto.

Capítulo III

Un forastero llega a Los Ángeles

La llegada de la diligencia era siempre motivo de curiosidad para los habitantes de la ciudad, en la cual nunca faltaban desocupados suficientes para formar un compacto grupo en torno del vehículo cuando éste se detenía en su parador de la plaza. A pesar de su continuo progreso, Los Ángeles seguía siendo una ciudad pequeña, y sus habitantes, además de conocerse todos unos a otros, deseaban estar al día de los que llegaban a engrosar la población o de los que se alejaban de ella, si es que podía haber alguien capaz de abandonar un lugar tan hermoso como lo era ya en sus comienzos, la que con el tiempo debía llegar a ser la más bella ciudad de la costa del Pacífico.

Con el fin de permitir a los viajeros la entrada en Los Ángeles en el mejor estado de presentación; o sea vistiendo las ropas adecuadas para la ciudad, en lugar de los prácticos pero antiestéticos guardapolvos, la última etapa del viaje era muy breve y como, por otra parte, el camino era mejor, los viajeros podían vestirse pulcramente, sin el peligro de llegar con los trajes cubiertos por una capa de polvo de varios milímetros de espesor. En el punto de la última etapa las damas vestíanse sus más elegantes trajes que durante todo el viaje habían ido en las maletas y podían presentarse a la curiosidad

de los habitantes de Los Ángeles con un aspecto más fresco y agradable que en los demás paradores, donde llegaban envueltas en polvo, como esas flores que nacen junto a las carreteras y cuya lozanía pasa inadvertida para todos.

Los viajeros que en aquel día de septiembre llegaron a Los Ángeles eran, poco más o menos, como los que llegaban en cada diligencia. Un par de comerciantes con sus maletas de tela de alfombra, sus sombreros de tubo de chimenea, sus levitas color ala de mosca, sus pantalones rayados y chalecos de fantasía con gruesa cadena de oro y dije punteado de rubíes. Un par de mujeres de edad indefinida, mirada desaprobadora, labios finos, espalda encorvada y cejas muy pobladas. Desde luego no eran jóvenes. Otra mujer llegaba también a la ciudad, y si la edad no la tenía muy definida, en cambio, la mirada lo era todo menos desaprobadora, los labios eran sensuales, las cejas estaban ligeramente depiladas y su cuerpo tenía una acusadora flexibilidad. A juzgar por cómo la miraban las otras dos mujeres, debía de haber representado para ellas la imagen viva del pecado.

En cuanto saltó de la diligencia corrió a abrazar a Minnie Macpherson, la propietaria de una casa ante la cual no pasaba ninguna mujer decente y a la que, en cambio, acudían, sin distinción, casi todos los hombres de Los Ángeles. Antes de marchar con Minnie, la recién llegada dirigió un invitador guiño a los viajeros del sexo contrario. Los dos comerciantes de los sombreros de copa replicaron con una sonrisa que descubrió sus nicotinizados dientes, en tanto que alisaban los engomados bigotes. El tercer viajero masculino, al que todavía no hemos descrito, el guiño pareció ofenderle y volvió altivamente la cabeza.

La amiga de Minnie supuso que la madre del muchacho estaría por allí y, por eso, él adoptaba aquella actitud.

-Es lindísimo -le dijo al oído a Minnie,.

Ésta volvió la cabeza para mirar al que su amiga se refería, y en seguida asintió con la cabeza. El tercer viajero era un muchacho que representaba unos dieciséis o diecisiete años, vestido con una amplia levita gris perla, pantalones del mismo color, chaleco floreado y sombrero derby. En Saratoga o en cualquier otro lugar donde las carreras de caballos privasen, se le hubiera tomado por el propietario de una importante cuadra, ya que, además, la corbata de plastrón que lucía iba adornada con una aguja que representaba una herradura llena de brillantitos. Por debajo del chaleco asomaba la marfileña culata de un pequeño revólver «Remington» de seis tiros, calibre treinta y dos y de cartuchos de espiga. El arma si, como tal, estaba en pleno desacuerdo con el muchacho, por su tamaño hacía pensar en que había sido elegida concienzudamente, ya que era muy corriente que los muchachos, al armarse, procuraran hacerlo con armas espectaculares o impropias por su peso y tamaño de las débiles manos a que iban destinadas. Por lo tanto, el recién llegado usaba el revólver más adecuado para él aunque, como advirtieron todos, el usar revólver no parecía lo más indicado para un mozalbete semejante. -

Después de posarse en el arma, las miradas de los curiosos detuviéronse asombradas, en los pequeños y finos botines con que calzaba sus pies y en la maletita que había dejado en el suelo y junto a la cual estaba. Algunos sonrieron y diéronse con el codo para indicar aquellas extrañas cosas que lucía el joven viajero.

Éste, después de dirigir una viva mirada a su alrededor, recogió la maleta y marchó hacia la posada del Rey Don Carlos.

Ricardo Yesares le vio entrar y advirtió en seguida la decisión de su caminar y la agresividad de su barbilla levemente echada hacia delante. El dueño de la posada se dijo que el viajero debía de sostener una continua y vigorosa lucha con su innata timidez a fin de imponerse a los que trataban de aprovecharse de su debilidad.

-Buenos días -saludó al llegar al mostrador tras el cual Yesares estaba orde-

nando sus cuentas-. Quiero una habitación.

-¿Viene usted solo? -preguntó Yesares.

Un relámpago de ira cruzó por los oscuros ojos del joven.

-¿Es que cree que no puedo ir solo por el mundo? -preguntó, belicosamente.

-Mi oficio me prohíbe creer nada de mis clientes -replicó Yesares-. Se lo he preguntado para poderle decir, si va acompañado, que todas las habitaciones de que dispongo tienen, actualmente, dos camas.

-Vengo solo y me gustaría una habitación con una sola cama.

-Perfectamente -replicó Yesares-, Le haré preparar una habitación. Supongo que deseará pensión completa.

-Claro -replicó el joven- ¿Qué novedades tenemos en Los Ángeles?

La desenvoltura que mostraba el viajero tenía más de rebuscada que de natural.

-Creo que hacia el norte se sigue encontrando oro -contestó Yesares.

-No me importa lo del norte, sino lo que sucede en Los Ángeles, ¿Qué noticias hay?

Yesares indicó por encima del hombro un tablero en el que estaba clavada una hoja del *Clarín de Los Ángeles* donde se daban todas las noticias locales. Al lado estaba otro ejemplar que formaba el reverso y en el cual se daban las noticias del extranjero.

-Lo más importante es lo relativo a la sentencia recaída hace cuatro días sobre dos delincuentes.

-¿Los ahorcarán? -preguntó con mal disimulada ansiedad el viajero.

-La sentencia fue de muerte -replicó Yesares, cuyos ojos escrutaban el rostro del joven.

-¿Cuándo... cuándo se ejecutará? -preguntó con leve temblor en la voz el recién llegado.

-Del quince al veinte de septiembre.

El viajero inclinó la cabeza y al cabo de unos instantes Yesares le preguntó:

-¿Tiene inconveniente en firmar en el registro de la posada?

Al mismo tiempo empujó hacia él un grueso libro encuadernado en cuero y una pluma de ave metida en un tintero de plomo.

Durante un momento, vaciló el joven; pero al fin, tomando la pluma, escribió en la casilla que le indicaba Yesares: «Jean Shepard - Monterrey»

Y sin esperar una posible pregunta por parte de Yesares, declaró, con desafiador acento:

-Sí, soy pariente de Howell Shepard.

-Me lo figuré -replicó Yesares-. Se parece usted mucho a él. Con su permiso iré a ver cómo está la habitación. Si entretanto quiere tomar algo...

-No, gracias. Le esperaré aquí.

Yesares salió de detrás del mostrador, y, yendo hacia el interior de la casa, ordenó que se preparase la habitación número quince; luego, recogiendo su sombrero, salió por una puerta trasera y, casi corriendo, dirigióse hacia la calle donde desembocaba la carretera que conducía al rancho de San Antonio. Sabía que aquélla era la hora en que todos los días César de Echagüe llegaba a Los Ángeles.

En efecto, apenas llegó vio aparecer al estanciero que llegaba en su carricoche, tirado por dos mansos caballos.

-Buenos días, mi querido posadero -saludó César-. ¿Qué hace usted por aquí?

-Iba a comprar unos patos a Ramírez -replicó Yesares-; pero creo que tendré que dejarlo, pues no está en casa y tendría que aguardar mucho.

-Creo que en el rancho tenemos patos de sobra -replicó Echagüe-, y como son unos bichos que me molestan mucho estoy dispuesto a cedérselos a cualquier precio. Suba a mi coche e iremos concretando la operación.

Los testigos de la escena se retiraron convencidos de que la conversación entre el hacendado y el posadero carecía por completo de importancia. Claro que no podía esperarse una conversación muy amena entre un posadero y un hombre como don César.

-¿Qué ocurre? -preguntó, sonriendo, César, cuando el carricoche se puso en marcha.

-Acaba de llegar al hotel un muchacho que se llama Jean Shepard -replicó Yesares, procurando adoptar una expresión de indiferencia.

-¿Pariente de Shepard? -preguntó Echagüe.

-Hijo o hermano.

-Shepard es soltero.

-Entonces debe de ser su hermano -dijo Yesares.

-¿A qué viene?

-No lo sé; pero se interesa por la suerte de los condenados. Cuando le dije que serían ejecutados entre el quince y el veinte se inmutó mucho.

-No dejes de observarle, Ricardo. ¿Piensa instalarse en tu posada?

-Sí.

-Cuida, de que el cuarto que se le dé pueda ser vigilado desde cerca.

-Ya lo he hecho. Ahora debo volver allí, pues le he dejado solo, dándole una excusa cualquiera.

César hizo restallar el látigo sobre las cabezas de los dos caballos y un momento después dejaba a Yesares ante la puerta trasera de la posada del Rey Don Carlos.

Capítulo IV

Llega a Los Ángeles otro forastero

EarI Grigor detuvo su caballo ante la posada y, ágilmente, desmontó, atando el animal al poste destinado a aquel objeto, dirigió luego una rápida mirada a su alrededor y, aparentemente satisfecho, se dispuso a entrar en el establecimiento.

En cualquier lugar del mundo EarI Grigor hubiese resultado un hombre notable; pero mucho más en Los Ángeles, donde su tipo era poco familiar. Lo habría resultado mucho más en cualquier población minera o en las que fueron haciendo a lo largo de la vía del Union Pacific. Vestía una negra levita de amplios faldones, chaleco negro, de seda, pantalones oscuros a rayas grises, botas altas, muy brillantes, y se cubría con un sombrero blanco, de alas anchas y copa aplastada. Dos largos y pesados Colts del 45 asomaban hacia adelante sus ganchudas culatas de nacaradas cachas. En aquellas culatas se veían cinco muescas que podían significar otros tantos hombres muertos con ellas o un vano alarde. Sin embargo, viendo el juvenil pero enérgico rostro del jinete desaparecía la sospecha de vanidad, pues se le advertía capaz de haber matado a cinco o más hombres.

Entre el blanco Stetson y la negra chalina aparecía un rostro alargado, de ojos acerados, nariz aguda, barbilla cuadrada y firme, boca enérgica sin ningún síntoma de

debilidad de carácter. Por debajo del sombrero asomaba una cabellera abundante y ligeramente rizada cortada en melena por debajo de la nuca.

La estatura de Grigor pasaba del metro setenta y cinco, aunque la delgadez de su cuerpo le hacía parecer más alto.

Moviéndose con rápidas zancadas, EarI penetró en la posada y fue hacia lo que parecía despacho de recepción, al otro lado del cual un joven estaba ocupado en leer un periódico clavado en el tablero.

EarI acodóse en el mostrador y durante unos segundos esperó a que el empleado se volviera. Entretanto se dedicó a irlo estudiando. Indudablemente, Los Ángeles se estaba civilizando a pasos de gigante, ya que la nueva posada tenía empleados que vestían con la elegancia de los lechuguinos de Nueva York o de Boston.

Pasaron dos minutos y, como el empleado no pareciera dispuesto a atender al recién llegado cliente, EarI Grigor pegó un violento puñetazo sobre el mostrador, haciendo saltar el tintero y el libro que estaban sobre él.

También dio un sobresaltado brinco el jovenzuelo del otro lado, quien, abandonando la lectura del periódico, volvióse con cara de espanto hacia Grigor.

Éste vio ante él a un joven de unos diecisiete años, que le miraba con los ojos muy abiertos.

-¿Qué... qué pasa? -tartamudeó el muchacho.

-¡Que me he hartado de esperar! -gritó Earl-. ¿Es que en este hotel no se sabe atender a los clientes? Quiero habitación, un baño, pan blanco, diez pollos y diez platos de tocino frito y judías.

Jean Shepard le miró como si no comprendiese y Grigor, malhumorado, agregó:

-¿Qué te pasa, cara de niña? ¿Es que te has vuelto tonto?

-Oiga usted, imbécil -replicó Jean Shepard-. Guárdese sus gracias en el bolsillo y lárguese de aquí.

La mano derecha de Grigor se cerró en tomo de la muñeca del joven.

-¿A quién has llamado imbécil, mequetrefe? ¿Quieres que te haga tragar este libro?

-A usted, pedazo de buey -replicó vivamente el joven, y agarrando con veloz movimiento el tintero de plomo lo lanzó al rostro de Grigor, que sólo saltando a un lado pudo evitar el pesado proyectil, aunque no las salpicaduras de la tinta, que le mancharon la camisa y la levita.

-¡Qué salvaje! -rugió, desconcertado por la violencia de la réplica del muchacho-. Te enseñaré...

No terminó, porque en aquel momento encontróse ante el revólver que empuñaba Jean Shepard y con el cual le estaba apuntando con una firmeza impropia de un muchacho tan joven.

-¿Es esta manera de recibir a los forasteros? -gruñó Grigor-. Un caballero merece mejores atenciones...

-Usted no es un caballero -replicó Jean Shepard-. Si lo fuese no se portaría tan groseramente.

Mientras hablaba, el muchacho había salido de detrás del mostrador y avanzaba hacia Grigor, empuñando siempre con igual firmeza el Remington del treinta y dos.

Grigor le observaba atentamente y, de súbito, con veloz ademán, descargó un manotazo contra el revólver y lo envió al otro extremo de la sala.

Shepard lanzó un chillido de espanto y, antes de que pudiera reponerse de su asombro, Grigor le agarró de un brazo y le derribó de bruces sobre una mesa, al mismo tiempo que levantaba la mano derecha para descargarla sobre la parte posterior más carnosa de Jean Shepard. Una voz de hombre le contuvo antes de que descargara el primer golpe.

-¿Qué va usted a hacer? -preguntó Ricardo Yesares, entrando en la sala.

Grigor le miró por encima del hombro, sin abandonar la presión que ejercía sobre la espalda de Jean Shepard y, a su vez, preguntó:

-¿Quién es usted?

-El dueño de esta posada. ¿Y usted?

-¿Es usted el propietario de esto? Me alegro. Debo comunicarle que voy a dar una lección de urbanidad a su empleado, que por cierto chilla como una gallina asustada.

Grigor levantó de nuevo la mano derecha; pero nuevamente le contuvo Yesares, apresurándose a advertir

-Caballero, ese joven no es mi empleado, sino un viajero que ha llegado en la diligencia...

-¡Eh!

La sorpresa hizo que Grigor soltase a Jean Shepard, y éste, incorporándose velozmente, revolvióse contra el que le había humillado y, sin entretenerse lo más mínimo, le descargó un violento puntapié en la espinilla.

Earl Grigor lanzó un grito, pues el golpe había sido muy doloroso y cogiéndose la pierna izquierda comenzó a dar saltos sobre el pie derecho, mientras lanzaba unas cuantas imprecaciones intranscribibles.

-Esto le enseñará a no ser tan salvaje -jadeó el joven-. ¡Bestia!

-¡Oooooh! ¡Cómo duele!

-¡Ojalá le hubiese destrozado la espinilla, salvaje! -seguía gritando, enfurecido, el muchacho, mientras su mirada buscaba el revólver que Grigor le arrancara de la mano.

-Hagan las paces, caballeros -pidió Yesares, conteniendo a duras penas la risa ante el cómico aspecto de Grigor, que parecía un saltamontes cojo.

-Yo no hago ninguna paz con ese cafre -replicó Jean Shepard, que al fin había encontrado su revólver y parecía luchar contra el deseo de disparar contra la pierna sana de Grigor.

Éste dejóse caer, al fin, en uno de los sillones qué se encontraban en el vestíbulo y, al mismo tiempo, el muchacho decidió enfundar el Remington.

-Perdóneme, señor -dijo Grigor, dirigiéndose al muchacho-. Le aseguro que, sin deseo de ofenderle, le confundí con un empleado. Acabo de llegar a Los Ángeles y desconozco las costumbres locales. Le vi detrás del mostrador y supuse que era usted un empleado. Y como usted me respondió de aquella manera...

-Le respondí como se merecía -replicó el joven, empezando a sonreír.

-Tal vez tenga razón; pero lo lógico es suponer que el hombre que se encuentra detrás de un mostrador sea un empleado -dijo Grigor-. ¿Me perdona?

-Claro -replicó Jean Shepard tendiendo la mano a Grigor, que la estrechó con tal firmeza que casi hizo soltar un grito a Shepard.

Por un instante pareció que el joven iba a echar nuevamente mano a su revólver, pero la contagiosa sonrisa de Grigor le desarmó.

-Estamos en paz -sonrió a su vez Shepard-. Yo le he destrozado la espinilla y usted me ha inmovilizado la mano.

-¿No hay rencor? -preguntó Grigor.

-No, no lo hay; pero si se atreve usted a repetir lo que ha hecho con mi mano, le juro que le suelto un tiro.

-Hagan las paces -dijo Yesares-. Y les aseguro que para sellar una paz no hay en el mundo nada mejor que una botella de buen vino español legítimo. Puedo poner una de jerez a su disposición.

-¿Y una mesa?-preguntó Grigor.

-También una mesa -sonrió Yesares-, aunque dentro de unas horas no será tan fácil conseguir eso.

-Pues entonces dispónganos una mesa, esa veterana botella que acaso fue llenada para el propio rey don Carlos III, y alguna cosita que comer al mismo tiempo.

-Les recomiendo unos mariscos.

-Vengan, pues, los mariscos.

-¿Y los pollos y platos de fríjoles? -preguntó Jean Shepard.

Grigor echóse a reír.

-Es verdad -replicó-. Me olvidaba de algo tan importante. Señor posadero, quiero que me haga asar diez pollos y que me los sirva junto con diez platos de judías hervidas y tocino frito.

Yesares abrió mucho los ojos.

-¿Pollos con judías y tocino frito? -preguntó-. En mi vida había escuchado semejante cosa. Temo que tendrá que ir usted a comer a un reservado, pues ninguno de mis clientes podría soportar la visión de semejante mezcla.

-No es eso -rió Grigor-. Es que durante muchas semanas me he alimentado exclusivamente de judías y tocino frito, y quiero que ahora, las judías me vean comer las mejores tajadas de esos pollos. Estoy hasta la coronilla de ellas.

-Buenos días, don Ricardo -saludó en aquel momento don César de Echagüe, entrando en la posada.

-Buenos días, don César. Hoy se ha retrasado un poco...

-Es cierto. Y en verdad que traigo apetito y sed. Hoy vengo dispuesto a terminar con aquella última botella de jerez que me dijo me reservaba. ¡Y por Dios que le he de desollar vivo como la haya vendido a otro!

Yesares estuvo a punto de expresar su disconformidad con las palabras de César de Echagüe; pero comprendió a tiempo las intenciones del hacendado.

-Es que... -empezó-. Es que ha ocurrido...

-¿Vendió la botella? -bramó César de Echagüe.

-No; pero..., es que casi la he vendido...

-¿Y para eso la dejé que envejeciera en su bodega? Le juro que he de hacerle desollar vivo, don Ricardo.

-Señor Echagüe, le juro que me olvidé por completo de que usted deseaba la botella -casi gimió Yesares-. Precisamente acabo de prometerla a estos caballeros.

Grigor tenía desde hacía unos segundos la mirada fija en César de Echagüe y su expresión era de increíble alegría.

-Si ha sido prometida ha sido vendida -replicó César. Y volviéndose hacia Grigor y Shepard-: Les ruego me perdonen, caballeros. Les deseo que el vino les sea grato. Les aseguro que es digno de un emperador.

-Un momento, don César -pidió Grigor-. Tengo entendido que la mejor manera de dividir una botella es entre tres. Para dos es mucho vino, para cuatro ya es demasiado poco. En cambio, una botella bebida entre tres da la suficiente alegría, no perjudica y conserva el buen humor hasta mucho después de haber sido apurada. En otras palabras, don César, ¿quiere usted concedernos el honor de compartir con nosotros ese néctar de emperadores?

-Al cual agregaré yo unos langostinos con salsa de Mahón, que estoy seguro les ayudarán a beberlo -dijo Yesares-. Caballeros, les presento a don César de Echagüe, uno de nuestros primeros hacendados. Don César, le presento al señor Jean Shepard, de Monterrey, y...

Yesares miró interrogadoramente a Grigor, cuyo nombre ignoraba. El viajero se apresuró a presentarse:

-Earl Grigor, don César. De Washington.

-Viene usted de muy lejos -comentó César.

-De la capital de la nación. Sí, está un poco lejos. Alguien me dio un encargo para usted, don César.

-¿Mi hermana, acaso?

-Sí. Me pidió que fuese a visitarle en cuanto llegara. Pero la casualidad nos ha hecho encontramos ahora.

-Afortunada casualidad -sonrió César, mirando curiosamente a Grigor.

El aspecto del hombre le gustaba. Estaba seguro de que había nobleza en él y, sin embargo, estaba también seguro de que en algo Earl Grigor mentía. ¿En qué?

Yesares guió a los tres hombres hasta el patio, donde en pocos momentos fue dispuesta una mesa en torno a la cual, a una botella de seco jerez y a una fuente de langostinos, se sentaron Grigor, Echagüe y Shepard.

Durante unos minutos todos comieron y bebieron, sin cambiar más que breves alusiones a la excelencia del conjunto; pero luego, cuando se terminaron los langostinos y en las copas quedó sólo el resto del jerez, la conversación se desvió por otros derroteros.

-¿Qué parentesco le une a Howell Shepard? -preguntó Echagüe, dirigiéndose a Jean.

-¿Cómo sabe...? -preguntó el joven.

-Por el parecido que existe entre ustedes y por la similitud de apellidos -contestó César-. Y también por haber venido usted a Los Ángeles.

Grigor miró interrogadoramente a sus compañeros; pero ninguno de los dos hizo intención de responder a su muda pregunta. Al cabo de unos instantes, Jean Shepard contestó:

-Soy su hermano.

-Se parece usted mucho a él, aunque existen en usted rasgos totalmente opuestos.

-Yo soy hijo de la segunda esposa de mi padre -replicó, haciendo un visible esfuerzo, Jean Shepard.

-Comprendo -sonrió César-. ¿Ha venido usted a verle?

-Sí. Quisiera hacer algo por él.

-Dudo mucho que consiga nada.

-No puedo creer que sea cierto lo que dicen de él.

-Sin embargo, señor Shepard, el tribunal lo reconoció culpable, aunque yo le creo inocente en parte de las acusaciones que se presentaron.

-Mi pa... hermano no puede haber sido jefe de una banda de salteadores -dijo, indignado, Jean Shepard.

Tanto César como Grigor comprendieron lo que el joven había estado a punto de decir y que revelaba el verdadero parentesco que existía entre Howell y Jean Shepard. Sin embargo, ninguno de los dos demostró haberlo comprendido.

-Tal vez si hubiera usted acudido a Sacramento para pedir el indulto al gobernador del Estado, hubiese conseguid más que viniendo aquí -dijo César-. En Los Ángeles nadie tiene autoridad par revocar la sentencia.

La desesperación pasó por los ojos d Jean Shepard; sus manos se crisparon las lágrimas agolpáronse en sus ojos.

-Yo quisiera hacer algo -tartamudeó

-No desespere -dijo Grigor-. ¿Es muy grave la sentencia que ha recaído sobre su hermano?

-De muerte.

La respuesta de Jean Shepard fue casi violenta y Grigor quedó un momento desconcertado. Al fin, Jean Shepard s puso en pie y con voz quebrada pidió:

-Les ruego me disculpen. Estoy cansado y necesito dormir.

Alejóse rápidamente de la mesa, dejando en ella a César y a Grigor.

-¡Pobre muchacho! -murmuró don César-. Debe de ser muy amargo ver a un padre condenado a muerte.

-¿Notó usted lo que estuvo a punto de decir? -preguntó Grigor.

-Sí; y me extraña mucho la inesperada paternidad de Howell Shepard. Todos lo teníamos por soltero. ¿Ha dicho usted que traía algún mensaje para mí de mi hermana?

-De su cuñado, en realidad. Me entregó una carta para usted.

Earl Grigor sacó de un bolsillo interior de su levita un alargado pliego de papel cerrado con un sello de lacre azul y se la tendió a César de Echagüe. Éste examinó con gran atención el sello y, al fin, doblándolo, lo quebró, abriendo toda la hoja en la que leyó en voz alta:

Mi querido César: Earl Grigor es un buen amigo mío a quien quisiera que ayudases en lo que va a realizar en Los Ángeles. Es persona de toda confianza y en privado te expondrá los motivos de su viaje. Yo no me atrevo a revelártelos por miedo a que la carta llegara a caer en otras manos. Estoy seguro de que me comprenderás que sea otro quien te hable por mí.

GREENE

-Mi cuñado no es muy explícito -sonrió César-. ¿Puede usted hablar por él?

-Preferiría hacerlo en un lugar donde nadie pudiese oírnos.

-¿Quiere visitarme esta noche? -preguntó César-. El rancho de San Antonio reúne todas las condiciones ideales para una conferencia en privado.

-¿Le parece bien las ocho de la noche?

-Cenamos a las siete y media. Le espero a esa hora. Así le devolveré su amable invitación. Con su permiso iré a comunicar al posadero que esta noche no me reserve mesa. Suelo venir a cenar muchas noches aquí. Hasta la noche. Cualquiera le indicará el camino a mi rancho.

-Hasta la noche, don César.

Echagüe se levantó y dirigióse hacia el despacho particular de Ricardo Yesares. Éste al verle entrar se puso en pie, preguntando:

-¿Qué ocurre?

-No sé -respondió César-. Ahora lo veremos. Necesito agua caliente. Muy caliente.

Yesares alcanzó un infiernillo de alcohol y colocó sobre él un pote de cobre en el cual echó una cantidad de agua. Después buscó una bandeja de latón y la dejó sobre la mesa. Cuando el agua hirvió César colocó la carta de su cuñado en la bandeja y derramó sobre ella el agua que, al momento, se tiñó de negro. Al cabo de unos minutos, César de Echagüe extrajo con ayuda de una plegadera la carta, de la cual había desaparecido lo que antes se había leído, apareciendo, en cambio, una nueva escritura hasta entonces oculta y a la cual el agua caliente había hecho cobrar forma. Los dos hombres leyeron:

Supongo que habrás comprendido por lo que te decía en la carta, que había algo más de lo que en ella se explicaba. El que te la ha entregado va a ésa con objeto de ponerse en contacto con El Coyote *y recabar su ayuda extraoficialmente y descubrir la identidad del jefe de la banda que desde hace tiempo opera en L. Á., y que se halla en contacto, además, con otras bandas que actúan en todo el Oeste y Suroeste. Se sabe que se intenta asaltar un banco, pero*

se ignora cuál. Sólo se tiene la seguridad de que el golpe será de gran importancia y que puede provocar un pánico entre los imponentes, que puede llegar a producir un "crack" si todos, por considerar inseguros los bancos, retiran los capitales colocados en ellos. Creo que su labor y la del Coyote *van a coincidir. Él ignora la identidad verdadera del* Coyote*. Seguramente podrás ponerle en relación con él.*

El mensaje escrito con la tinta simpática iba sin firma y aun en el caso de que hubiera caído en otras manos no hubiese comprometido a nadie.

-¿Es la letra de Greene? -preguntó Yesares.

César asintió.

-Sí, es la suya. Además, sólo él puede emplear esa tinta especial.

-¿Qué debemos hacer?

-Esta noche, Grigor ha de hablar con *El Coyote*. Escucha bien lo que te voy a decir.

Durante un cuarto de hora Yesares y César estuvieron madurando el plan que debía ponerse en práctica aquella noche.

Capítulo V

El Coyote

Earl Grigor no tuvo dificultad alguna en averiguar dónde estaba el rancho de San Antonio. Varias personas le guiaron casi hasta sus puertas, y a las siete y cuarto de la noche Grigor cruzaba el arco de ladrillos que señalaba la entrada de la hacienda y avanzaba por el amplio sendero que, tras algunas revueltas, llevaba hasta la casa principal.

Durante todo el trayecto no se había encontrado con nadie, aunque a cierta distancia se oían las voces de los peones, los relinchos de los caballos y los mugidos de las vacas.

Grigor pensó con cierta envidia en la riqueza casi fabulosa de aquel hacendado. Debía de ser muy hermoso poder vivir una existencia libre de inquietudes y apremios económicos, en aquel ambiente casi patriarcal.

Al doblar un recodo, Grigor quedó frente a una amplia ventana que se abría a un salón amueblado con gran lujo. Un hombre paseaba por él, como sumido en hondas meditaciones. Por un momento levantó la cabeza y miró hacia el exterior, como si hubiera oído las pisadas del caballo de su visitante. Éste reconoció a don César, que quedó casi un minuto en aquella postura.

Grigor se dio cuenta entonces de que había detenido a su caballo y en el momento en que se disponía a aflojar las riendas, oyó a su espalda una voz que le ordenaba:

-No se mueva, señor Grigor, tenemos que hablar.

Grigor quedó inmóvil. A menos de cuarenta metros de él estaba César de Echagüe. Un grito bastaría para atraerle en su ayuda. Pero ¿era necesario semejante ayuda? La voz que le había ordenado que no se moviese no lo hizo con acento hostil,

aunque sí con firmeza. Por ello Grigor prefirió preguntan

-¿Quién es usted?

-Un amigo a quien usted busca sin conocerle.

-¿Puedo volverme? -preguntó Earl.

-Puede hacerlo; pero no cometa la locura de echar mano a sus revólveres, pues entonces tendría que herirle en defensa propia. Sólo como precaución a su impetuosidad, sostengo un buen revólver de seis tiros. Escuche.

En la noche se oyó el seco chasquido del montaje del percusor de un revólver.

-¿Qué debo hacer? -preguntó Grigor.

-Levante las manos y desmonte.

Grigor retiró el pie izquierdo del estribo y volvióse hacia la derecha, luego retiró el pie derecho y se dejó resbalar hasta el suelo. La luz que llegaba de la casa y de las estrellas iluminaba claramente al que había dado aquellas órdenes.

-¡*El Coyote*! -exclamó Grigor.

-Para servirle, caballero -replicó el otro, que vestía un traje mitad mejicano y parte californiano, y cuya prenda más caracterizada era un negro antifaz que le cubría la parte superior del rostro.

-¿Cómo sabía...? -empezó Grigor.

-Yo lo sé todo -sonrió *El Coyote*-. Por lo menos, sé todo cuanto puede interesarme. Y su llegada a Los Ángeles me ha interesado.

-¿Es necesario que me siga apuntando con su revólver? -preguntó Grigor.

-No lo será si usted me da su palabra de no intentar nada contra mí.

-No intentaré nada. Se lo prometo.

El Coyote enfundó su revólver y acercándose a Grigor dijo: ,

-Viene usted a Los Ángeles con el exclusivo objeto de ponerse en relación conmigo. Representa a la asociación de banqueros que se han unido para combatir contra las bandas de salteadores que están haciéndoles víctimas de incontables asaltos. Saben que se prepara un golpe enorme y quieren descubrir a la cabeza directora de la banda que opera en Los Ángeles y a la cual suponen en contacto con otras bandas para ese golpe. ¿No es cierto?

-Sí. Está usted bien enterado.

-¿Esperaba que don César le pusiera en contacto conmigo?

-Eso iba a pedirle.

El Coyote soltó una leve carcajada.

-¡Pobre don César! -exclamó-. Es la persona menos indicada para ese trabajo. Él no podría haberle puesto en comunicación conmigo, por la sencilla razón de que sabe de mí tanto como usted.

-En cambio, usted sabe mucho de mí.

-Desde luego. Se ha embarcado en una aventura muy peligrosa, de la cual puede salir muy mal parado.

-Si usted me ayuda...

-Mi ayuda puede serle útil; pero no le librará de ninguno de los peligros que le amenazan.

-¿Conoce al jefe de esa banda?

-No; pero deseo terminar con él. Hable con don César, expóngale sus deseos y acepte su respuesta como si no supiera nada de cuanto acabo de decirte. Luego, regresa a la posada del Rey Don Carlos y aguarde allí mis instrucciones. Pronto tendrá mucho trabajo. No se confíe a nadie. Absolutamente a nadie. Agentes míos le observaran y le transmitirán mis órdenes. Hasta pronto. Monte a caballo y siga hacia la casa. Don César le espera.

-¿No podríamos aclarar algunos puntos? -preguntó Grigor.

-Teme usted que yo no sea el verdadero *Coyote* y que, en realidad, le esté tendiendo una trampa, ¿no?

-Es la primera vez que le veo...

-Los bandidos contra los cuales va a actuar son implacables con los que ellos consideran espías. Si yo no fuese *El Coyote* y, en cambio, estuviese aliado con ellos, le habría matado. Esos hombres son eminentemente prácticos y saben que lo mejor que se puede hacer con un enemigo peligroso es matarlo.

Estas palabras fueron pronunciadas con tal seguridad, que Grigor sintió que un escalofrío le recorría la espalda hasta la nuca.

-Por lo tanto -siguió *El Coyote*-, tenga confianza en mí y piense que nada me habría sido más fácil que matarle de un tiro o de una puñalada. Buenas noches.

El Coyote dio un paso atrás y desapareció entre los árboles que lo ocultaron en seguida a la vista de Grigor. Éste vaciló un momento entre seguirlo o continuar hasta la casa. Al fin se decidió por esto último, y, cogiendo de las riendas a su caballo, marchó hacia la casa principal.

Al ruido de sus pasos y de los de su caballo, César de Echagüe asomóse a la ventana y preguntó:

-¿Es usted, señor Grigor?

-Sí, don César.

-Me pareció oírle antes.

-Es que desmonté para admirar la belleza de este lugar -contestó Grigor.

César acudió a la puerta y un momento después, mientras su mayordomo se hacía cargo del caballo de Grigor, César acompañaba a su visitante hasta el salón en el que el recién llegado le había visto un momento antes.

-La cena estará servida inmediatamente -anunció César-. Entretanto, tomaremos como aperitivo una copa de jerez seco y unas aceitunas sevillanas legítimas.

Apareció de nuevo el mayordomo con una bandeja en la que traía una botella y tres copas, que dejó sobre una mesita. Un momento después entró una mujer joven y hermosa, acompañada de un niño de ocho años, que era el vivo retrato de César.

Éste hizo las presentaciones.

-Guadalupe, sobre quien recae la representación femenina de esta casa. Mi hijo César. El señor Grigor.

Guadalupe saludó cortésmente al individuo y empujó hacia delante al niño, que, muy seriamente, estrechó la mano que Grigor le tendía, preguntando:

-¿Cómo está usted, señor?

-Muy bien, César -replicó Grigor-. Tu tía me habló mucho de ti. Tiene grandes deseos de verte.

-Yo también deseo verla. ¿Cómo está tío Edmundo?

-Muy bien y deseando venir a pasar un mes contigo.

Entretanto, Guadalupe había llenado las tres copas de vino y ofreció una de ellas a Grigor, otra a César y reservó la tercera para ella.

El visitante observó, con mal disimulada curiosidad, a aquella mujer, de cuya existencia no había tenido hasta entonces la menor referencia. ¿Quién era? ¿Qué representaba en el rancho y en la vida de César de Echagüe? No era una criada, pues vestía con demasiada elegancia. Sin embargo, tampoco era una igual, pues en todos sus gestos y ademanes evidenciaba un gran respeto y hasta sumisión al dueño de la casa.

Bebió Grigor el jerez y alabó sus excelencias, afirmando que era superior al que habían bebido en la posada.

-Tiene poco menos de cien años más -explicó César-. Llegó a estas tierras casi al mismo tiempo que los conquistadores españoles. Me quedan un centenar de botellas y sólo se usan para honrar a los invitados, cuya presencia nos es grata. ¿Otra copa?

-Es una tentación demasiado grande para ser resistida -rió Grigor.

-Lupe, ten la bondad de llenar la copa a nuestro invitado.

Guadalupe obedeció rápidamente, anunciando luego que iba a enterarse de cómo estaba la cena. Grigor la siguió con la mirada y César, sonriendo, comentó:

-Le intriga a usted Guadalupe, ¿no?

-Pues... ¡Oh, no! Es que admiraba su traje.

César hizo como si no hubiera oído la mentira y explicó:

-Ha nacido y se ha criado en esta casa. Es inteligente y demasiado señora para seguir siendo una criada. Ahora es una especie de ama de llaves y es quien manda aquí. Además, desde que quedé viudo, ha educado a mi hijo. No sé lo que haríamos sin ella. En el Este no se tiene idea de la fidelidad de nuestros servidores. Ni tampoco de lo mucho que los apreciamos. Pero la cena ya está dispuesta. Vamos, señor Grigor.

La cena, exquisitamente preparada, fue servida en el lujoso comedor, a cuya amplia mesa se sentaron, César, Grigor, Guadalupe y el niño. Más tarde, mientras Guadalupe y el pequeño César se retiraban, el dueño del rancho y su invitado pasaron al salón, donde Julián sirvió el café.

-Ahora podremos hablar sin que nadie nos moleste -anunció César.

Earl Grigor vaciló unos instantes. ¿Debía explicar a aquel estanciero de ademanes y gestos indolentes, que no parecía tener mayores preocupaciones e inquietudes de las que pudieran causarle sus negocios agrícolas y ganaderos, el verdadero motivo de su viaje a Los Ángeles? Al cabo de un momento decidió descubrir parcialmente aquellos motivos, ya que también le interesaba saber si el enmascarado con quien se encontró en el rancho era en realidad *El Coyote*.

-El señor Greene me aseguró que podía tener plena confianza en su discreción, don César -dijo Grigor.

Echagüe inclinó la cabeza, como agradeciendo las palabras de su invitado.

-Edmundo es muy amable -dijo-. Tal vez tenga un concepto demasiado elevado de mí. ¿Qué importancia tiene para usted mi discreción?

-Tiene una gran importancia, señor Echagüe, porque necesito de su ayuda.

-¿Para qué?

-Para ponerme en contacto con *El Coyote.*

César de Echagüe arqueó las cejas.

-¿*El Coyote*? -repitió.

-¿No le conoce?

El estanciero frunció el ceño.

-Conozco su fama -dijo-. Y no tiene nada de honorable.

-Sin embargo... *El Coyote* es el ídolo de miles de personas.

-Es el ídolo de la canalla, nunca de un caballero.

Grigor estaba completamente desconcertado. ¿Qué clase de hombre era el cuñado de Edmond Greene? Lo indudable era que no figuraba entre los simpatizantes del *Coyote.*

-A pesar de todo necesito ponerme en contacto con él -dijo-. Y tenía la esperanza de que por mediación de usted me sería fácil conseguirlo.

-No tengo ninguna relación con *El Coyote* y aunque pudiese tenerla no la tendría. Y no comprendo que mi cuñado haya supuesto que yo podía ayudarle a usted en una cosa que tanto me repugna.

-¿Y no podría usted indicarme a alguien que pudiese conducirme hasta *El Coyote*?

-Lo siento. No me es posible. Y, por favor, señor Grigor, no me hable más de ese bandido encubierto bajo un falso manto de caballerosidad,

-Bien, señor Echagüe; perdone mi indiscreción. Le aseguro que de haber co-

nocido sus sentimientos acerca del *Coyote* nunca le hubiera pedido que me pusiese en relación con él.

César cortó con un ademán y una sonrisa las excusas de Grigor.

-Yo soy quien debe pedirle perdón por mi rudeza. Lo que ocurre es que no puedo sentir ninguna simpatía hacia ese hombre. Tal vez porque nuestros caracteres son opuestos. Él ama la ilegalidad, la vida salvaje, la violencia. Yo, en cambio, prefiero vivir dentro de la ley, llevar una vida normal y exenta de violencias.

-Un ideal muy distinto del que presidió la vida de sus antepasados -sonrió Grigor.

-Desde luego -contestó César de Echagüe, como si no advirtiese la ironía de las palabras de su interlocutor-. Mis antepasados necesitaron ser violentos. No tenían opción. No podían vivir blandamente. Vivieron en medio de la violencia, y lo mismo haría yo si no pudiese obrar en distinta forma; pero ¿a qué si puedo vivir como un general he de vivir como un obispo?

-Es cierto. Sería demasiado molesto -asintió Grigor-. Creo que en usted el mundo ha perdido un gran obispo.

-Tiempo hubo en que me sentí atraído por el claustro; pero no tardé en darme cuenta de que la vida religiosa exige también sacrificios y penalidades. Opté por seguir mi existencia normal.

-¿Y no podría usted describirme al *Coyote*? -preguntó de súbito Grigor.

-Eso sí -rió César-. Es un hombre alto, aunque no mucho, delgado, vestido a la mejicana, y con un antifaz negro cubriéndole el rostro.

-No es una descripción muy perfecta. Puede encajar en cualquier californiano.

César de Echagüe soltó una carcajada.

-Si *El Coyote* midiese dos metros de estatura, fuese muy gordo y tuviera el cabello rojo, creo que ya lo hubieran detenido hace tiempo. En su vulgaridad física está su mejor defensa. Y en cuanto a dar con él, generalmente sólo le encuentran los que menos desean hallarlo. No creo que pueda tropezar con *El Coyote.*

-Entonces habré hecho el viaje en vano -declaró Grigor, poniéndose en pie-. Con su permiso, don César, volveré a la ciudad. Ya es un poco tarde.

-Cuidado no vaya a tropezar con *El Coyote* -rió César.

César de Echagüe acompañó a su visitante hasta la puerta de su casa y le siguió con la mirada cuando se alejó por entre la doble hilera de árboles que ceñían el sendero.

Cuando iba a entrar en la casa vio que Guadalupe estaba junto a él. Por la expresión de su mirada, César comprendió que la mujer llevaba bastante tiempo allí.

-¿Qué ocurre, Lupita?

-¿Más aventuras? -preguntó ella.

-Tal vez -replicó César, distraídamente-. Es inevitable.

-¿Por qué? ¿No es ya hora de abandonar esa continua lucha en beneficio de los otros? ¿Cree que lo merecen?

César se encogió de hombros.

-Ninguno de nosotros merece que alguien se preocupe por él. Sin embargo, hay que dar un fin y un motivo a nuestra vida, y creo que no existe finalidad mejor que la de ayudar a nuestros semejantes. Ahora que mi vida no importa a nadie, pues mi hijo tiene asegurado su porvenir, mi trabajo es mucho más fácil. Sé que detrás de mí, aunque muriese, no quedaría ningún dolor. Claro que tú quizá no comprendas estas cosas, Lupita.

Guadalupe dirigió una honda mirada a César, y con voz profunda y algo quebrada por un sollozo, replicó:

-No, yo no puedo comprender esas cosas.

Capítulo VI

La libertad de los cautivos

Earl Grigor regresó a la posada llevando con él una opinión nada favorable a César de Echagüe; opinión que respondía a la que era general en los norteamericanos acerca de los hispanoamericanos. Gente blanda, poco aficionada a la lucha enérgica. Y lo decían olvidando que la primera ciudad norteamericana fue fundada por españoles.

Al entrar en la posada vio luz en el despachito del dueño, a quien supuso entregado a la agradable tarea de contar los beneficios de la noche. En el patio y en el primer piso se oían aún las voces de los clientes, que celebraban las excelencias de la cocina y de las atracciones de la posada.

Grigor subió hasta la habitación y entró en ella. En el momento en que se volvía para cerrar la puerta, una voz que brotó de la oscuridad le saludó:

-Buenas noches, señor Grigor.

Estaba tan reciente en los oídos del joven el eco de la voz del *Coyote* que al momento reconoció la que sonaba en la habitación.

-¡*El Coyote*! -exclamó.

-¿No esperaba volver a verme esta noche? -preguntó el enmascarado.

Grigor se volvió hacia el rincón de donde llegaba la voz del *Coyote*. Le vio sentado en una silla, con una pierna cruzada sobre la otra y sosteniendo uno de sus revólveres.

-¿Es necesaria el arma? -preguntó.

El Coyote movió negativamente la cabeza.

-No, en realidad no es necesaria; pero como no tenía la seguridad de que fuese el primero en entrar, he querido tomar precauciones. Pero ya no son necesarias -y *El Coyote* guardó el revólver en su funda-.

-¿A qué ha venido? -inquirió Grigor.

-A registrar su reducido equipaje. Me gusta tomar precauciones antes de asociarme con nadie.

-¿Asociarse? -preguntó Grigor.

-Claro. Usted me busca para que le ayude en su trabajo, ¿no?

Earl asintió con la cabeza.

-Sí, necesito su ayuda.

-Y yo sólo puedo prestársela a base de que usted también me ayude. Como los dos perseguimos el mismo objeto, al ayudarme se ayudará a sí mismo. Usted quiere terminar con los bandidos que nos causan daño, ¿no?

-Sí.

-Yo también; pero antes debo realizar un trabajo y en ese trabajo debe ayudarme.

-¿Cómo?

-Vigilando a Jean Shepard. El hijo o el hermano de Howell Shepard. Ocupa la habitación inmediata a la suya; procure no perderlo de vista, siga sus pasos siempre

que le sea posible.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Grigor, a quien no complacía aquel trabajo que le era encargado.

-Durante todo el día de mañana -contestó *El Coyote*-. Desde la mañana hasta las doce de la noche. Pasada esa hora ya no es necesario vigilarle.

-¿Porqué?

El Coyote movió negativamente la cabeza.

-No debe preguntar nunca. Limítese a obedecer. Ya sé que eso no le gusta tanto como el obrar con independencia; pero debe hacerlo porque es la única forma de que nuestros planes se realicen a la perfección.

-No me gusta trabajar a ciegas.

-En este caso debe hacerlo, a menos que prefiera trabajar solo.

-Prefiero su ayuda; pero... Bueno le obedeceré hasta que me convenza de que mi interés me aconseja lo contrario. Sin embargo, no veo qué relación puede existir entre Jean Shepard y... la banda de la Calavera.

-Seguramente no existe ninguna. Adiós, Grigor; desde hoy está a mis órdenes. Y no olvide que el éxito siempre nos ha acompañado.

El Coyote se había puesto en pie y, lentamente, dirigióse hacia la puerta. Al llegar a ella la abrió, dirigió una mirada al pasillo y, comprobando que estaba vacío, salió cerrando con llave tras él.

Al oír que la llave giraba en la cerradura, Grigor corrió hacia la puerta y trató de abrirla. Estaba cerrada.

Rabioso por lo que le pareció una baja astucia del *Coyote*, Grigor se disponía a aporrear la puerta; pero se contuvo ante el temor de verse obligado a dar una imposible explicación. Regresó hacia el centro del cuarto para encender la lámpara y colocarla sobre la mesa. Al buscar la yesca y el pedernal sus dedos tropezaron con una llave. Obedeciendo a una súbita inspiración corrió a probar si podía abrir la puerta y encontróse con que aquélla era la llave que necesitaba.

Apenas hubo abierto la puerta, Grigor salió al pasillo y, a grandes zancadas, lo recorrió en dirección a la escalera. Al mismo tiempo se daba cuenta de que ya no podría alcanzar al *Coyote*.

Bajó al vestíbulo y, no viendo a nadie, fue hacia el despacho del propietario.

Ricardo Yesares estaba sentado a su mesa y, ante él, tenía un montón de monedas de oro que iba reuniendo en cartuchos de papel.

-Buenas noches, señor Grigor -saludó Yesares, levantándose-. ¿Le ocurre algo? Está usted demudado.

-¿Yo? No me ocurre nada... Es que me pareció oír que alguien trataba de abrir la puerta de mi cuarto.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Yesares, fingiendo alarma.

-Oí que metían una llave en la cerradura y entonces yo pregunté quién intentaba entrar. Nadie me contestó; pero al momento sacaron la llave. Abrí la puerta y no vi a nadie.

-Tal vez algún huésped que se equivocó de habitación -sugirió Yesares.

-¿Existe otra llave de mi cuarto? -insistió Grigor.

-Desde luego. Hay dos llaves para cada habitación. Es muy corriente que los huéspedes pierdan la suya y tengan que recurrir a mí para abrir sus cuartos.

-¿Y quién guarda las llaves esas?

-Yo. Están en sitio seguro.

-¿Dónde?

-En este cofre de seguridad -señaló Yesares, indicando un recio cofre de roble reforzado con bandajes de hierro.

-¿Podría ver si la llave está ahí?

-Claro.

Yesares se puso en pie, sacó de un cajón una gruesa llave y con ella abrió, el cofre, de cuyo interior sacó una pesada caja de madera que dejó sobre la mesa. Levantó la tapa y aparecieron una serie de departamentos numerados, en cada uno de los cuales había una llave. El dueño de la posada señaló uno de aquellos departamentos.

-Ésta es la otra llave -dijo.

Grigor se inclinó a examinarla y vio una llave igual a la que se le había entregado. A pesar de estar guardada en un lugar cerrado, la llave aparecía como todas las otras cubierta de una fina capa de polvo, que indicaba su no utilización en mucho tiempo.

-No... no ha sido utilizada -murmuró.

-Era imposible que nadie la hubiera sacado de aquí -sonrió Yesares-. Como le dije, debió tratarse de algún invitado que se equivocó de habitación. No dé excesiva importancia al incidente.

-Desde luego. Debe de haber sido lo que usted supone. Perdone mi insistencia.

-Está usted perdonado, señor Grigor.

-¿Necesita algo más?

-No nada más. Buenas noches.

Grigor abandonó el despachito y Yesares cerró la puerta tras él. Después, volviendo junto a la mesa, tiró sobre ella una llave que era el triplicado de la que habían examinado un momento antes. Luego, abriendo una puerta secreta que descubrió un minúsculo cuartito, recogió del suelo un sombrero, una chaquetilla, un cinto con dos revólveres y un antifaz negro. Todo ello lo colgó cuidadosamente de una percha y cerró el cuartito.

Al pensar en Earl Grigor, Yesares sonrió nuevamente.

-Estabas seguro de haber hablado con *El Coyote* -murmuró-. Y ni sospechas su identidad ni la del doble que le sustituye.

* * *

Durante el día siguiente, Grigor se esforzó en obedecer las órdenes que le diera *El Coyote*. A media mañana siguió a Jean Shepard hasta la cárcel y le vio entrar en ella. No necesitó acercarse para comprender que iba a ver al reo que aguardaba en el subterráneo calabozo el momento de dar su último paso hasta el patíbulo.

La entrevista entre Jean Shepard y su padre o hermano duró casi una hora. Al salir, el joven iba muy pálido y caminaba con paso firme y la cabeza erguida, como si hubiera tomado ya una trascendental decisión.

Grigor le siguió a distancia y le vio entrar en una armería, donde compró un par de rifles, dos revólveres y abundantes municiones; después le vio entrar en un almacén, de donde salió con un gran paquete que cargó en un carricoche alquilado un momento antes. El resto de la mañana y la tarde, Jean Shepard lo invirtió en comprar dos caballos, sillas de montar, mantas, una sartén, una pequeña cafetera de hierro esmaltada, un par de cuchillos de monte, dos cuerdas y una pequeña hacha.

Todo esto, junto con los caballos, lo guardó Jean Shepard en una posada mejicana situada en las afueras de la población.

Aquella noche, Grigor, ya interesado por el extraño comportamiento del joven, le observó con creciente nerviosismo de Jean, quien en vez de retirarse a descansar salió a la plaza y después de vagar durante un par de horas por las solitarias calles de Los Ángeles, al dar las diez y media, dirigióse hacia la cárcel.

La curiosidad de Grigor había alcanzado su punto culminante. Con cauteloso

paso y buscando la protección de los porches y soportales, fue siguiendo al joven, que a medida que se acercaba a la cárcel caminaba más despacio y extremando sus precauciones. Cuando llegó, por fin, al terreno descubierto, Jean Shepard, que vestía un traje negro que casi lo hacía invisible, tendióse en el suelo y comenzó a avanzar como lo haría un indio lanzado al ataque de un campamento.

Grigor imitó el proceder del joven y no tardó en ver que Jean Shepard había elegido bien el terreno, pues avanzaba por una especie de trinchera que lo ponía a cubierto de todas las miradas.

-Ése va a salvar a su padre -pensó Earl Grigor.

En aquel instante, una silueta humana se recortó contra el cielo hacia el punto donde debía encontrarse Jean Shepard, y una voz ordenó:

-Sal de ahí o disparo.

Un grito de sobresalto respondió a la orden y Jean Shepard empezó a levantarse. En ese momento, otra sombra surgió de la oscuridad y un brillo metálico fue seguido de un estertor de agonía. El hombre que había hablado cayó de bruces, en tanto que Jean Shepard, de pie, miraba a su inesperado salvador. Pero la actuación de éste no terminó allí. Lanzándose sobre Jean, le golpeó en la cabeza con el cañón del revólver que había empuñado.

El joven apenas tuvo tiempo de lanzar un gemido y cayó sin conocimiento. El desconocido fue a inclinarse sobre él y en aquel instante, Earl Grigor, decidió que debía él intervenir también en aquella contienda que se desarrollaba en la oscuridad.

* * *

César de Echagüe había abandonado el rancho de San Antonio vestido con la indumentaria del *Coyote*. Durante todo el día, utilizando los servicios de varios de sus hábiles agentes secretos había ido sobornando a los centinelas que durante aquella noche guardarían los accesos a la cárcel. Sabía dónde encontrarlos y llevaba las necesarias cuerdas para amarrarlos y salvaguardar así su responsabilidad. Al único a quien no se atrevió a sobornar fue al carcelero, un viejo californiano cuya honradez quitaba toda esperanza al soborno.

Al llegar a la vista de la cárcel, César desmontó y prosiguió su avance. De la mano izquierda colgaban las cuerdas y la derecha rozaba la culata de uno de los dos revólveres.

De súbito una voz le hizo detenerse. Llegaba de las inmediaciones de la cárcel y fue seguida por un estertor cuyo significado era inconfundible para César.

Acelerando el paso, *El Coyote* dirigióse hacia el punto de donde llegaba el ruido. A pesar de la oscuridad pudo ver perfectamente cómo un cuerpo se desplomaba y del fondo de una estrecha trinchera surgía un hombre cuyo blanco sombrero fue para *El Coyote* una inconfundible marca de identidad. Sonó un leve grito de asombro, y por un momento pareció que Grigor iba a llevar toda la ventaja; pero su adversario, acaso más forzudo o más práctico en aquellas luchas, le repelió violentamente y levantó sobre él su revólver, dispuesto a destrozarle la cabeza de un golpe. Era indudable que no le interesaba sembrar la alarma utilizando las armas de fuego y prefería la lucha silenciosa. También *El Coyote* era de su misma opinión y en vez de desenfundar su revólver, su mano buscó la empuñadura de su pesado cuchillo y trazó un veloz semicírculo al que siguió un centelleo. El cuchillo, disparado con prodigiosa fuerza, cortó, silbando, el aire y fue a clavarse en la muñeca del hombre, haciéndole soltar el arma y lanzar un alarido de dolor. En seguida, comprendiendo que eran demasiadas las fuerzas reunidas contra él, dio media vuelta y escapó, antes de que Grigor y *El Coyote* pudieran seguirle.

Grigor, al ver al *Coyote* quiso darle las gracias, ya que le debía la vida; pero el enmascarado le contuvo con un ademán. En seguida se inclinó sobre Jean Shepard y volviéndose a Grigor le indicó, por señas, que atendiera al joven; luego, él se inclinó sobre el que había dado el alto a Shepard. En la espalda tenía clavado un cuchillo y era uno de los centinelas de la cárcel.

El Coyote apretó con fuerza los labios. ¿Qué era lo que significaba aquello?

Regresando junto a Grigor le ordenó en voz baja:

-No se mueva de aquí.

Grigor le vio alejarse y aunque por un momento pensó en seguirle, recordando que debía atender al joven Shepard, se inclinó de nuevo sobre él y trató de tomarle el pulso, ya que la respiración era prácticamente imperceptible. Ya fuese por su nerviosismo o porque su propio corazón latía con fuerza ensordecedora, Grigor no pudo captar ninguno de los latidos del corazón del joven. Por fin le desabrochó la camisa y apoyó la mano sobre el pecho de Shepard. Con mucha dificultad consiguió Grigor dominar su sorpresa y, poniéndose en pie estuvo tentado de correr tras *El Coyote*. Pero se contuvo y volvió a arrodillarse junto a Jean Shepard y se esforzó en devolverle el sentido. *El Coyote* debía de tener ocupaciones más importantes que aquélla.

En efecto, en aquel instante *El Coyote* acababa de recorrer el cinturón de vigilancia establecido en torno a la cárcel, y se había encontrado con que todos los centinelas estaban ya amarrados, y algunos de ellos sin sentido. Al contemplar la ronda vio aparecer a Ricardo Yesares, vestido también como *El Coyote*. Los dos hombres quedaron un instante frente a frente.

-¿Les ataste tú? -preguntó César.

Yesares negó con la cabeza.

-No. Creí que había sido usted...

-Yo no. Hay cinco atados y uno muerto. Sospecho que alguien ha utilizado en su provecho nuestro trabajo. Entremos en la cárcel.

Mientras se dirigían allí, el verdadero *Coyote* explicó a su doble:

-Jean Shepard ha estado preparando la fuga de su padre; o sea que si no me engaño hemos sido tres los que hemos perseguido el mismo objeto. O, por lo menos, casi el mismo.

Siguieron avanzando hacia la cárcel y, al llegar a la puerta, los dos empuñaron sus revólveres y escucharon unos segundos. Del interior no llegaba el menor ruido. Al fin empujaron la puerta. El vestíbulo de la cárcel estaba iluminado con una lámpara de petróleo cuya amarillenta luz parecía dar más sombras que otra cosa. Empujando una puerta forrada de plancha de hierro, los dos enmascarados entraron en lo que era antesala de la cárcel, o sea, el lugar donde el carcelero tenía su mesa de trabajo, sus armas y la oficina. En el fondo se veía una reja que llegaba del suelo al techo y en la cual se veía una puerta, también de recios barrotes. La puerta estaba abierta; pero no fue esto lo que atrajo ante todo la atención del *Coyote* y de su ayudante.

El objeto que casi provocó en ellos un grito de asombro y de ira, fue la figura de Caicedo, el carcelero, que estaba caído de bruces sobre la mesa, y en cuya espalda, a la altura del corazón, se veía hundido un puñal de larga hoja. Tan larga que después de atravesarle el cuerpo había clavado al carcelero sobre la mesa.

Olvidando toda precaución, los dos hombres corrieron hacia la reja y cruzando la puerta, dirigiéronse a las celdas. Sólo debía haber dos de ellas ocupadas, o sea, las que encerraban a Shepard y a Turner; pero ni éstas se veían ocupadas, y sus abiertas puertas dejaban ver el vacío interior de los calabozos, de los cuales habían desaparecido sus ocupantes.

La sentencia dictada por el juez Ramírez no se ejecutaría en el día fijado ni, tal

vez, en mucho tiempo.

-Los han salvado -murmuró Yesares.

El Coyote pareció no oírle.

-Dos asesinatos -murmuró-. Y nosotros les hemos facilitado el trabajo.

-Pero, ¿quién puede haber sido? -insistió Yesares.

El Coyote señaló al suelo. Caído junto al camastro de Shepard se veía una máscara blanca y negra que representaba una calavera.

-¿La banda de la Calavera? -tartamudeó Yesares.

-Eso parece.

-Entonces... pero...

-Sí, la cosa parece clara. Creímos que al cargar sobre ellos la sospecha de que formaban parte de la banda de la Calavera, les acusamos de un delito del que eran inocentes; pero no fue así. La banda de la Calavera los ha salvado.

-Con lo cual se demuestra que eran miembros importantes de esa banda.

El Coyote se encogió de hombros.

-Eso, o bien que la banda ha tenido, por algún motivo, interés especial en salvarlos. Vamos. Aquí ya no nos queda nada que hacer.

Los dos *Coyotes* abandonaron la prisión y regresaron adonde estaban Grigor y Shepard. Éste empezaba a recobrar el conocimiento. Llevándose a Grigor a un lado, Yesares, cumpliendo la orden del *Coyote*, que permanecía donde el joven no pudiera verle, le dijo:

-Acompañe al muchacho ese a la posada, Grigor. Y no deje de vigilarlo, pues su seguridad nos es muy importante.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Grigor.

Yesares aguardó unos segundos y al fin replicó:

-La banda de la Calavera ha dado un nuevo golpe. Pronto entraremos en acción decidida contra ella.

Capítulo VII

Un nuevo golpe de la banda de la Calavera

En cuanto Jean Shepard estuvo en condiciones de caminar, Earl Grigor le ayudó a levantarse y le acompañó hacia la posada. Al cabo de varios minutos de caminar en silencio Shepard preguntó en voz baja:

-¿Qué ha ocurrido?

Grigor tardó unos segundos en responder. Al fin, preguntó a su vez:

-Trataba usted de ayudar a su hermano, ¿verdad?

Shepard inclinó la cabeza.

-Sí; pero fracasé. ¿Me descubrió alguno de los centinelas?

-Creo que sí; pero intervino alguien más.

-¿Quién?

-No sé. Alguien que asesinó al centinela y le dejó a usted sin sentido.

-¿Y cómo estaba usted allí?

Grigor vaciló un momento antes de contestar. Aunque no se le había recomendado el silencio sobre aquel punto, la más elemental prudencia aconsejaba guardar secreta la intervención del *Coyote* Por ello replicó:

-Estaba en mi habitación y le vi salir. Como yo también quería dar un paseo marché detrás de usted sin darme cuenta de que le seguía. Claro que al ver que se dirigía a la cárcel me intrigó el que fuese usted hacia semejante lugar y, sobre todo, que adoptara tantas precauciones. Fue una suerte que le siguiese hasta allí.

-¿Me salvó la vida? -preguntó con voz débil Jean Shepard.

-Creo que sí.

-Desea que le exponga los motivos que me han impelido a hacer lo que he hecho, ¿eh?

-No niego mi curiosidad, pero tampoco puedo insistir en lo que tal vez es para usted un secreto que desea guardar.

-Quería salvar a mi hermano. No sé si es o no inocente. Ni me importa. Es mi hermano y debía ayudarle. Compré caballos, armas y víveres para que la huida le fuese fácil. Pero fracasé. La empresa era demasiado grande para mí.

-Tal vez pueda hallar otra solución. Quiero decir una solución más legal.

-No creo que exista ninguna; pero si es necesario acudiré al mismo gobernador de California. Tal vez cuando sepa quién es en realidad Howell Shepard se conmoverá su ánimo...

-¿Qué quiere decir? -preguntó Grigor.

Jean pareció no oírle. Al cabo de unos segundos se volvió hacia él como si hasta entonces no hubiese comprendido sus palabras, contestó:

-Howell Shepard es un apellido sajón que oculta otro español. Mi... hermano, al marchar de casa, lo adoptó. Tal vez lo hizo porque esperaba que su vida no fuese muy honorable y no quiso manchar un apellido que durante muchos años ha sido sinónimo de honradez. Yo, al venir aquí adopté el mismo apellido. Y ahora, le ruego que no siga preguntando.

Habían llegado a la posada del Rey Don Carlos en donde casi no había nadie. Sólo en el vestíbulo vieron a tres hombres que fumaban distraídamente. El resto del establecimiento parecía desierto. Cuando entraron Grigor y Shepard, uno de los hombres dirigió una rápida mirada al cuartito en el que el propietario de la posada tenía su despacho particular; pero al ver que los recién llegados se dirigían hacia la escalera, volvió la atención al diario que tenía entre las manos.

-Si me necesita para algo no tiene más que llamarme -dijo Grigor, cuando llegaron a la puerta del cuarto de Shepard.

-No creo que le necesite -sonrió el joven-. De todas formas... Muchas gracias.

Entró Jean Shepard en su habitación y Grigor se disponía a imitarle, cuando hasta él llegó un grito ahogado y el caer de una silla, todo ello procedente de la habitación contigua.

-¿Qué ocurre? -preguntó, creyendo, de momento, que el joven había tropezado con alguna silla.

Al no recibir respuesta, temió que el accidente hubiera sido más grave y que Jean Shepard, afectado aún por el golpe recibido junto a la cárcel, hubiese sufrido un desvanecimiento; por ello empujó la puerta y fue a entrar en la habitación. En el mismo instante en que cruzaba el umbral tuvo el presentimiento de que iba a ser atacado por la espalda y trató de saltar hacia un lado.

Pero su adversario fue más veloz que él, y antes de que hubiera podido completar el movimiento recibió en plena cabeza un violento culatazo que si no le destrozó el cráneo fue por la resistencia encontrada en la copa de su sombrero y que, si no fue muy grande, bastó para que le salvara la vida.

A pesar de ello sintió como si el mundo entero se derrumbase sobre él y lo lanzara contra el suelo, en el cual quedó tendido de bruces, ante los horrorizados ojos de Jean Shepard, que fue sacado un momento después por los tres hombres que habían aguardado allí su regreso, y que, arrastrándolo hasta el pasillo y luego escalera abajo, lo sacaron de la posada, sin que ninguno de los empleados del establecimiento lo advirtiera.

En cuanto los tres hombres y su cautivo hubieron salido de la posada, los otros tres que aguardaban en el vestíbulo se pusieron en pie y dirigiéronse hacia el despachito, cuya puerta abrieron después de dar en ella tres golpes rápidos y uno espaciado.

Dentro de la reducida habitación se encontraba otro hombre sentado frente a Ricardo Yesares, que estaba sólidamente amarrado a su sillón. Una fuerte mordaza le tapaba la boca.

-Ya podemos marcharnos -dijo uno de los que habían entrado-. ¿Has recogido todo el oro?

El que había estado vigilando a Yesares asintió con la cabeza y señaló el abierto cofre, cuyo interior había sido concienzudamente saqueado. Luego recogió un saco de lona lleno de pesadas monedas de oro, y de billetes de banco, y, después de cerrar la puerta, siguió a sus compañeros hasta la plaza, dejando dentro del despacho al propietario de la posada.

Al día siguiente, la ciudad de Los Ángeles se enteró de la doble hazaña de la banda de la Calavera: la liberación de los dos condenados a muerte, cuya asociación con la banda quedaba así puesta de manifiesto, liberación que se había realizado con el asesinato del carcelero, de uno de los centinelas exteriores y la inutilización de los restantes. La otra hazaña había sido el robo cometido en la posada del Rey Don Carlos, cuyo propietario fue encontrado atado y amordazado en su despacho particular, de cuya caja fuerte habían desaparecido unos cinco mil dólares en oro y una fuerte cantidad en billetes bancarios.

Teodomiro Mateos organizó una batida contra los bandidos; pero éstos llevaban ya la suficiente ventaja para que la persecución pudiera inquietarles, y, por lo tanto, no tuvo nada de sorprendente que a media mañana regresaran los policías sin haber obtenido el éxito que buscaron.

Capítulo VIII

La expedición del *Coyote*

Entre las primeras visitas que recibió Ricardo Yesares en cuanto se hubo hecho pública su desgracia, figuró la de don César de Echagüe. A nadie extrañó que el propietario del rancho de San Antonio visitase al posadero, de quien era conocido protector.

-¡Qué desgracia tan grande! -exclamó don César en cuanto hubo estrechado la mano de don Ricardo Yesares-. ¿Fue mucho lo que le robaron?

-Bastante -suspiró el dueño de la posada-. Pero entre usted en mi despacho. Allí hablaremos mejor.

César se dejó conducir hasta el reducido despacho y en cuanto la sólida puerta, a través de la cual era imposible oír nada de cuanto se hablaba dentro, se hubo cerrado, terminó el disimulo.

-¿Cómo ocurrió eso? -preguntó César.

Yesares explicó rápidamente lo sucedido. Apenas volvió a su casa, después de despedirse de César, y de despojarse de su traje, entró en aquel despacho, y, al momento, se abrió la puerta y entraron tres hombres armados que sin darle tiempo a empuñar sus armas le ataron y amordazaron, dedicándose luego a forzar la caja. Mientras dos de ellos regresaban al vestíbulo, el otro fue llenando un saco de lona con el contenido de la caja. Luego entraron los que habían salido y se retiraron todos con el producto del robo.

-De momento -siguió Yesares-, creí que el verdadero móvil del asalto fue el robo; pero al ser puesto en libertad por mis criados me enteré de que Earl Grigor había sido encontrado con la cabeza medio abierta dentro del cuarto de Jean Shepard. El muchacho ha desaparecido.

-¿Shepard?

-Sí. No sabemos si fue raptado o bien, si como creen todos, fue él quien dirigió el robo.

-No creo a aquel muchacho capaz de semejante cosa -sonrió César-. Además, yo vi cómo junto a la cárcel era atacado por uno de los bandidos. Si él hubiera planeado la liberación de su hermano o de su padre, no se habría dejado sorprender...

-Pudo tratarse de una añagaza para librarse de toda sospecha.

-En tal caso continuaría aquí. No hubiera buscado la seguridad en lo referente a la liberación de Howell Shepard y, en cambio, se habría comprometido en lo otro. No, el muchacho ha sido raptado, y eso me convence más de que Shepard no fue salvado, sino raptado con algún fin. Grigor debe de saber algo, ¿no?

-No sé. Aún no ha podido hablar con nadie. Está en su cuarto, en la cama.

-Entonces es muy conveniente que hablemos con él. Mejor dicho, hablarás tú, pues ya conoce tu voz. Yo escucharé.

-¿Utilizamos el camino secreto?

-Claro.

Después de asegurarse de que la puerta estaba bien cerrada, Yesares abrió el cuartito secreto y se puso el antifaz del *Coyote*. Para disimular su indumentaria se cubrió con una larga capa, luego, apretando otro resorte, abrió otra puerta secreta que dejó al descubierto una estrecha abertura que desembocaba en un pasadizo de un metro de ancho por dos muy escasos de altura. Apenas hubieron cruzado el umbral, la pared volvió a cerrarse.

Los dos hombres siguieron el pasillo que torcía en ángulos agudos, siguiendo el trazado de los recios muros de la casa. Yesares encendió una linterna cuya luz, si bien escasa, era suficiente para alumbrar el camino. Después de subir unos cuantos escalones muy empinados pasaron ante varias puertas señaladas con números. Al llegar a una de ellas, Yesares se detuvo y volvióse hacia su jefe.

-Entra -le dijo éste-. Yo me quedo aquí. Oiré todo lo que habléis.

Yesares abrió una pequeña mirilla y pegó a ella el ojo derecho. Desde aquel punto se dominaba toda la habitación y se veía la cama donde reposaba Earl Grigor. No viendo a ninguna otra persona, Yesares movió el resorte que abría la puerta y ante los asombrados ojos de Grigor, entró en la habitación.

-¿Usted? -tartamudeó el herido.

El falso *Coyote* acercóse a la puerta de la habitación y corrió el pestillo, para

evitar desagradables sorpresas. Luego, regresando junto a la cama, sentóse a los pies de ella y pidió:

-Cuénteme en seguida lo ocurrido. El rapto de Jean Shepard me ha desconcertado, pues es lo que menos esperaba. ¿Qué significa?

-Eso sí que no lo sé –replicó Grigor-. Pero en cambio, sé otras cosas.

-Cuéntemelo todo. ¿Volvieron juntos a la posada?

-Sí. Acompañé a Shepard hasta su habitación y apenas entró en ella oí un grito y la caída de una silla. Creyendo que podía haberse hecho daño o que asaltado por una súbita debilidad había perdido el conocimiento, llamé a la puerta y le pregunté qué le ocurría. Al no recibir contestación entré en el cuarto y oí un ruido detrás de mí. Quise evitar el ataque que presentía; pero no pude lograrlo y caí sin sentido a causa de un golpe en la cabeza. Supongo que fue un terrible culatazo.

-Eso quiere decir que Jean Shepard fue raptado.

-Así lo creo; pero todavía hay algo más.

-¿Qué?

Grigor vaciló un momento, luego, haciendo un esfuerzo, declaró:

-Que Jean Shepard no es lo que parece.

-¿Qué quiere decir?

-Que no es hombre, sino una mujer.

Tal vez el verdadero *Coyote* hubiera logrado dominar su asombro; pero Yesares no poseía la impasibilidad del famoso enmascarado y, contra su voluntad, lanzó un grito de incredulidad.

-¡Una mujer!

-Sí. Lo descubrí ayer noche, cuando trataba de convencerme de si estaba vivo o no.

-Pero, ¿está seguro de lo que dice?

-Completamente seguro. A menos que tenga una anormalidad física que juzgo casi imposible. Desde el primer momento noté en él algo raro. Su nerviosismo, un puntapié que me pegó en la espinilla, su irritabilidad. Eran síntomas muy claros; pero, en cambio, había otros detalles de tan clara masculinidad, que me desconcertaron por completo. ¡Cuando pienso que estuve a punto de darle una buena zurra...!

Yesares no supo qué replicar. Al fin encargó:

-No se mueva de aquí. Ya recibirá instrucciones mías. Adiós.

Levantándose, fue hacia La puerta secreta y, saliendo por ella, la cerró, siguiendo a César de Echagüe, que, sin decir nada le precedió en su regreso al despacho. Cuando Yesares se hubo despojado de la capa y del antifaz, *El Coyote* dijo:

-Esto complica aún más las cosas. Indudablemente, en el plan de la banda figuraba el rapto de esa muchacha, aunque tal vez nadie conocía su verdadero sexo.

-¿Qué fin pueden perseguir?

-De momento, es difícil adivinarlo, aunque yo creo en un deliberado intento de presentar a los Shepard como jefes de la banda.

-¿Jefes?

-Sí. Todos los habitantes de Los Ángeles han llegado ya a una conclusión muy lógica, respecto a Shepard. Él era el jefe de la banda. Sus cómplices le han salvado. Y a sus cómplices los dirigía su hijo. De la cuadra donde esa criatura dejó los caballos y los víveres, todo ha desaparecido. El armero y los tenderos a quienes compró las armas, sillas de montar y víveres, han prestado ya declaración ante Mateos. Todo concuerda con la lógica más elemental, Jean Shepard ayudó a su hermano a escapar, y antes de marcharse, se agenció dinero robando la caja de la posada donde se había hospedado. Sólo el incidente ocurrido junto a la cárcel demuestra que la muchacha no tenía nada que ver con la banda. Pero ese incidente, sólo fue presenciado por nosotros. Y no

podemos descubrirlo sin descubrirnos.

-Entonces, ¿qué podemos hacer?

-Marchar en pos de la banda.

-¿Por qué en pos?

-Porque la banda de la Calavera ha partido hacia el norte. Esta mañana he recibido mensajes que situaban a una banda bastante numerosa camino de Bakersfield, desde donde pueden haberse dirigido hacia Pasos Robles, Delano o Freeman.

-¿Lo sabe la policía?

-No. Son informes particulares, enviados por paloma mensajera. Mateos y sus hombres no pasaron de San Fernando. Esta tarde marcharé hacia el norte. Podré hacer el viaje muy de prisa, pues tengo muchos sitios donde cambiar de caballo. A Grigor lo dejaremos aquí.

-¿Debo acompañarle?

-Sí. Ve a hablar con Mateos y dile que hoy marcharás a Sacramento para exigir una mejora en el servicio de policía. Ya te enviaré instrucciones más detalladas. -César de Echagüe salió luego del despacho, repitiendo, para que todos pudieran oírlas, sus ofertas de ayuda a Yesares, quien afirmó en voz bien alta que recurriría al gobernador de California para que pusiese personalmente orden en aquélla ciudad, donde el desorden imperaba de tal manera.

Cuando salía de la posada, César vio un grupo de galeras tiradas por fuertes caballos y dispuestas para la marcha.

-¿Adonde va usted ahora? -preguntó, dirigiéndose al propietario de los carruajes.

Éste era Dutch Louie el holandés comerciante en maquinaría agrícola.

-A Apartadero, en busca de una remesa de maquinaría agrícola que me envían desde Chicago -explicó el hombre-. Por cierto que traeré unas trilladoras mecánicas que son una maravilla. En cuanto las reciba lo avisaré; pues estoy seguro de que será usted el primero en comprarme unas cuantas. Con ellas se ahorrará a veinte peones y varias semanas de trabajo. Sólo se necesita una máquina de vapor alimentada con leña, y en una hora le harán la trilla de dos días.

-Me parece que exagera usted un poco -sonrió César-. Si eso fuese cierto... Bueno, aunque en un día hicieran el trabajo de dos, valdría la pena de comprarlas.

-En un día le harán el trabajo de una semana -aseguró el comerciante-. Por un lado echa usted las espigas y por otro saldrá el trigo ya limpio.

-Veremos si es cierto, señor Louie. En cuanto vuelva, avíseme.

-No dejaré de hacerlo. Adiós, don César. No puedo entretenerme más. Espero llegar a Apartadero en una semana, no me conviene que las máquinas que me traen en el ferrocarril queden a la intemperie.

-Buen viaje -deseó César.

Dutch Louie dio las gracias y, subiendo al pescante de la primera de las seis galeras, dio la señal de la partida. Chirriaron las ruedas, restallaron los látigos, y la pequeña caravana se puso en marcha.

Los chiquillos corrieron, un rato, junto a los carruajes, animando a los caballos, que pronto emprendieron un buen trote que fue dejando rezagados a los curiosos.

César de Echagüe, pensativo, marchó hacia su carricoche y, subiendo en él, partió, en dirección opuesta, hacia su rancho. Sentíase completamente desorientado; pero estaba seguro de que los detalles que ya poseía darían pronto su fruto y el velo que lo cubría todo empezaría a descorrerse.

Capitulo IX

La guarida de los bandidos

La banda de la Calavera celebraba lo que se podría llamar una junta general. Los siete jefes de las bandas que la constituían habían acudido acompañados por sus lugartenientes y varios de sus hombres de confianza. Todos llevaban el rostro cubierto por una máscara, y aunque cada uno de los jefes conocía a los otros seis, en cambio, los restantes bandidos ignoraban quiénes eran los jefes de las otras bandas.

El presidente de la asociación, antiguo guerrillero en la pasada contienda y verdadero promotor de la idea de reunir las fuerzas, se puso en pie.

La reunión se celebraba en el calvero de un espeso bosque y al amparo de un triple cinturón de centinelas que protegían eficacísimamente a los jefes y a sus lugartenientes. Todos se hallaban sentados en troncos de árboles o taburetes formando un círculo. El presidente recorrió con la mirada el círculo formado ante él.

-Nos hemos reunido en vísperas de un importante golpe -empezó-. Yo fui, hace un año, quien sugirió fa idea de agrupar nuestras pequeñas bandas y formar una muchísimo más importante, capaz de abordar las empresas más arriesgadas. Desde entonces hemos dado golpes magníficos que nos han reportado buenos beneficios. Hemos desconcertado a la policía de todo el oeste, pues tan pronto hemos actuado en un lado como en otro, y aún no se han dado cuenta de que, en realidad, somos seis bandas distintas bajo una misma denominación. Nuestro compañero de Los Ángeles ha dado un buen golpe y nos ha proporcionado un medio de desviar aún mejor las sospechas que puedan recaer sobre cualquiera de nosotros. Además, de esa forma podemos ofrecer a las autoridades un triunfo que las calmará y las hará merecedoras de las felicitaciones del Gobierno.

Estas palabras provocaron las carcajadas de los reunidos, y las miradas volviéronse hacia el que todos sabían era el jefe de la banda que operaba en Los Ángeles, y que, como los demás, llevaba el rostro cubierto por la característica máscara. Cuando se apagaron las risas el jefe siguió:

-Vamos a dar el golpe más grande de cuantos hemos intentado hasta ahora, y el botín será inmenso. Ascenderá a varios millones, y solo gracias a la sagacidad de nuestro compañero de Los Ángeles hemos podido trazar el plan que nos permitirá llevamos semejante fortuna. Todos tenemos confianza en él; por su parte, él sabe que no puede traicionar la confianza que nos veremos obligados a depositar en él. Se puede escapar a la acción y a las pesquisas de la policía; pero no se puede traicionar en balde a nuestra banda.

-Tened la seguridad de que no he pensado jamás en tal,cosa -replicó el jefe de la banda de Los Ángeles, levantándose-. Todos sabéis dónde encontrarme y sabéis también, que no puedo escapar y, mucho menos, llevarme el fabuloso tesoro de que vamos a apoderarnos. Yo os prestaré mi ayuda y, gracias a ella, vamos a convertir en realidad lo que hasta ahora ha sido prácticamente un sueño, pues nuestro golpe

superará a cuantos hasta ahora se han realizado; pero a cambio de mi ayuda, sin la cual no sería posible nada, necesito la vuestra, porque en Los Ángeles se ha levantado contra nosotros un enemigo implacable y contra el cual nada podemos, ya que disfruta de nuestra misma ventaja, o sea la del incógnito. Me refiero al *Coyote.*

Un murmullo recorrió a todos, aunque pocos habían luchado contra el famoso enmascarado. El de Los Ángeles prosiguió:

-Hace poco tiempo dimos en nuestra ciudad un buen golpe que debía reportarnos un excelente beneficio. Varios de mis hombres asaltaron la casa de Sun Chih, un joyero chino, a quien quitaron una pequeña fortuna en perlas y brillantes. Ya iban a retirarse de allí cuando, de pronto, fueron atacados por *El Coyote*, que les arrebató las armas y el botín, y luego utilizó el golpe que habíamos dado nosotros para cargar nuestras culpas sobre Turner y Shepard, o sea los presos que arrancamos de la cárcel. De momento sentí una gran indignación, ya que se nos cargaban unos colaboradores en quienes jamás habíamos pensado. Se celebró el juicio contra ellos y fueron condenados a muerte. Era la venganza del *Coyote*. Una venganza muy ingeniosa. No me importa reconocer el ingenio y la inteligencia en mis enemigos. Creo que es lo menos que puede hacerse. Sobre todo cuando una buena, como la del *Coyote*, puede ser perfectamente utilizada por nosotros. Turner y Shepard son, para todos, miembros de nuestra banda. Y por su posición anterior, se les supone los jefes. Si sus cadáveres son hallados después del golpe que daremos contra el tren, todos supondrán que perecieron en el encuentro. Así la justicia tendrá un par de víctimas propiciatorias y se creerá que la banda, muertos sus jefes, está desorganizada. Durante algún tiempo, nuestra actividad en Los Ángeles será nula. Así trabajaremos con más seguridad y podremos dividirnos el tesoro sin que nadie nos moleste.

Sentóse el representante de Los Ángeles y el jefe supremo volvió a ponerse en pie.

-El plan de nuestro compañero es perfecto y se pondrá en práctica mañana. El lugar donde se ha de dar el golpe ha sido elegido ya. Nuestros hombres montan guardia en aquel punto y todo ha sido dispuesto. Ahora, que cada uno vuelva a su puesto y prepare a su gente. Mañana, a las dos de la tarde, se dará el golpe.

Levantáronse los bandidos y, cuando se hubieron reunido todos los hombres de su escolta, marcharon cada cual a su campamento. El de Los Ángeles atravesó el bosque y llegó a una solitaria cabaña que había sido levantada años antes por un buscador de oro que tenía la convicción de que en aquel lugar tenía que haberlo. Después de un año entero de buscar en vano, agotó víveres y recursos y tuvo que marchar a trabajar en el tendido del ferrocarril, donde con mucho menos trabajo obtuvo más beneficios.

En tomo a la cabaña acampaban unos treinta hombres perfectamente armados. Unos fumaban, otros jugaban a las cartas y otros se ocupaban en la preparación de sus comidas. Junto a la cabaña montaba guardia uno de ellos, que se apoyaba cansadamente en su rifle.

Al llegar el jefe, todos le miraron llenos de curiosidad. Algunos esperaban una orden o una explicación de lo que se había tratado en la junta; pero el jefe retiróse a su tienda de campaña sin dar explicación ninguna. Sólo al cabo de un rato, su lugarteniente anunció que al amanecer del otro día deberían ponerse en marcha, y ordenó que se tuvieran a punto las armas y los caballos.

Al anochecer fue cambiada la guardia de la cabaña, y otro bandido se colocó ante la puerta. Aquel turno era el menos agradable de todos, ya que coincidía con la hora de la cena, y el que estaba allí de vigilancia tenía la segundad de recibir las partes peores de la comida, porque no pudiendo abandonar su puesto, debía conformarse con lo que le llevaban, que nunca era lo más exquisito. Aquella noche, el turno de guardia

se decidió mediante una partida de «póquer», y el perdedor tuvo que cargar con el trabajo, a pesar de sus protestas.

Sin embargo, cuando se sentó a la puerta de la cabaña lo hizo sonriendo extrañamente, y también sonrío cuando le sirvieron la cena a pesar de que el contenido de su plato de hierro estañado no era el más selecto. Cuando las hogueras comenzaron a apagarse y casi todos los bandidos estuvieron dormidos, el centinela se puso en pie y sigilosamente abrió la puerta.

Al oír el ruido, los tres cautivos encerrados en la cabaña se incorporaron. Estaban tendidos en el suelo, envueltos en unas mantas que les habían sido prestadas.

Howell Shepard se sintió dominado por el temor que le había embargado desde el momento en que descubrió que Jean Shepard era también prisionera de los bandidos. ¿Habrían descubierto éstos el verdadero sexo del que ellos creían su hermano?

-Silencio -pidió el que entraba, y en quien Shepard reconoció al centinela que unas horas antes había ocupado su puesto a la puerta de la cabaña.

-¿Qué ocurre? -preguntó el notario, extrañado del sigilo con que entraba aquel hombre.

-Vengo a salvarles -susurró el centinela-. Mi jefe me ha ordenado que les ayude a escapar.

-¿Y quién es su jefe? -preguntó Turner, a quien el miedo no había dejado dormir durante las últimas noches.

-*El Coyote* -replicó el centinela-. Está cerca. Quiere salvarles.

-*El Coyote* es el causante de todas nuestras desgracias -declaró Shepard.

-No lo crea. Él quiso castigarles; pero no hasta el extremo a que se llegó. Si tienen valor para seguirme, iremos a reunimos con él.

-Esto es una trampa -jadeó Turner

-No —dijo el centinela-. El jefe de la banda piensa sacrificarles a los tres para que se crea que han muerto en el ataque al tren...

-¿A qué tren? -preguntó Shepard.

-Al que se va a asaltar mañana -respondió el centinela-. Pero no podemos perder tiempo. Les aseguro que los bandidos piensan asesinarles, y aunque la huida presenta muchos peligros, si se quedan su suerte está echada.

-No sé si nos dice la verdad –replicó Shepard; sin embargo, por muy malo que sea lo que nos ofrece, no puede ser peor que esto. Yo le acompaño.

-Yo también -dijo Jean Shepard.

-Yo, no -tartamudeó Turner-. Estoy seguro de que ese hombre nos tiende una trampa.

-No ganaría nada con ello -se impacientó el hombre del *Coyote*-. Sólo puedo asegurarle que si se queda morirá asesinado.

-No, no les acompaño -insistió Turner-. ¡No!

El centinela vaciló; pero Howell Shepard decidió ir con él.

-Huyamos nosotros -dijo.

Y pensaba mucho más en su hija que en él.

-Le dejaré la puerta abierta, y si quiere podrá seguirnos -dijo el centinela, dirigiéndose a Turner-. Le aconsejo que lo haga.

-No, no lo haré.

Howell Shepard se había puesto en pie y ayudó a su hija a levantarse. El centinela les tendió un revólver a cada uno y tiró otro al suelo, junto a Charles Turner, diciendo:

-Así, al menos, podrá defenderse.

Luego, volviéndose hacia los Shepard, dijo:

-Síganme.

Capítulo X

La explicación de Howell Shepard

Don Francisco de Abizanda pertenecía a la pequeña nobleza española. Había llegado a California desde Méjico, adonde emigrara en busca de fortuna, y las tierras recién conquistadas por España, en California, le permitieron conseguir la deseada riqueza. Toda su juventud fue invertida en consolidar su fortuna y a los cuarenta años decidió, al fin, formar un hogar y tener un heredero.

Adolfo de Abizanda fue el primero y único hijo de su matrimonio. Su nacimiento coincidió con el nacimiento de Méjico como nación independiente.

Adolfo de Abizanda debía ser la mano firme que sostuviera el rancho y las tierras de su padre; pero el muchacho demostró en seguida poca afición a las cosas del campo y una simpatía excesiva hacia los colonos norteamericanos que iban llegando a las tierras de California. A pesar de las protestas de su padre, Adolfo decidió estudiar en Norteamérica y, ayudado por su madre, que deseaba verle convertido en un «señor licenciado», marchó a Boston, de donde sólo volvió cuando le fue comunicada la grave enfermedad de su madre.

No llegó a tiempo de verla morir y de comunicarle que sus deseos estaban ya realizados. Durante unos años, Adolfo vivió con su padre, y aunque entre ambos no había la menor compenetración, el joven estuvo allí retenido, especialmente, por unos lazos amorosos.

Pero en los planes de Adolfo no entraba el casarse con Juana Ortiz que, al fin y al cabo, no era más que una muchacha sin fortuna, hija de un sencillo ranchero. Cuando sus amores con la californiana amenazaron dar un fruto que imponía el matrimonio, Adolfo se negó a cumplir con su deber. Ni las amenazas de su padre ni las del padre de Juana Ortiz causaron ningún efecto en el joven.

-No me caso con ella, papá -dijo a su padre-. Me condenaría a encerrarme para siempre en este sitio, y no me atrae nada la vida campesina. Yo no he nacido para esto.

Las violentas escenas entre don Francisco y su hijo no dieron más fruto que el de decidir al joven a abandonar su hogar en dirección a San Francisco, primero, y luego a Los Ángeles, donde se estableció como notario.

Juana Ortiz quedó abandonada; pero antes de que su vergüenza se hiciera pública, don Francisco acudió en su socorro. Su hijo era el culpable y él estaba dispuesto a pagar su culpa.

En la mayor intimidad se celebró la boda del anciano y de la joven. Dos meses después, se inscribía en la misión el nacimiento de Juana de Abizanda, legítima hija de Francisco de Abizanda y de Juana Ortiz.

Don Francisco de Abizanda sufrió una gran decepción cuando supo que la recién nacida criatura era una niña. Durante todo el tiempo abrigó la esperanza de que fuese un niño, y con su característica terquedad se negó a aceptar la realidad. Para él Juana era un chico y como a tal lo educó y lo vistió, sin hacer el menor caso de las

blandas protestas de la madre, a quien tenía como una criada importante, pero no como la dueña del rancho, ni siquiera de su hija, ya que nunca se la consultó en nada, ni ella se atrevió a hacer valer sus derechos. Quizá por eso, al cabo de ocho años, optó por morirse, aprovechando una ausencia de don Francisco y su hija, a quienes no quiso molestar con el espectáculo de su agonía.

Juana intentó llorar la muerte de la pobre mujer a quien había visto siempre ir de un lado a otro, como asustada de su importante dueño. Don Francisco prohibió a su nieta que derramase lágrimas, cosa impropia de un hombre, y para compensarla de aquella pérdida le regaló un caballo, un rifle y dos revólveres. Juana no se atrevió a confesar que se consideraba perdedora en el cambio. Siguió viviendo como un muchacho y don Francisco no dejó de llamarla ni una vez por el nombre de Juan. Para él era un hombre y le tenía sin cuidado que en realidad no lo fuese.

Juana de Abizanda logró convencer a su abuelo de que, en realidad, tenía carácter de hombre, y el anciano acabó por sentirse satisfecho del cambio, ya que si su nieta era para todos un hombre, con él sabía tener las ternuras de una mujer que alegraba y prolongaba su vejez.

Tal vez don Francisco hubiese vivido hasta los cien años si de cuando en cuando no le hubieran amargado la vida las noticias que recibía de su verdadero hijo. El hecho de que Adolfo de Abizanda hubiese adoptado el nombre de Howell Shepard fue el primer y más rudo golpe, después de la marcha de su heredero; pero cuando llegó hasta la hacienda la noticia de que Howell Shepard iba a ser juzgado como un delincuente vulgar, el anciano no pudo resistir aquel golpe, y a la mañana siguiente fue hallado muerto.

Juana no tenía motivos para querer a su padre y, quizá por eso mismo, le adoraba. Tan pronto como se vio libre de la dominación de su abuelo marchó a Los Ángeles para ayudar a su verdadero padre, de quien, legalmente, sólo era hermana.

Howell Shepard casi se había olvidado de su hija. Acostumbrado a vivir sin ella nunca sintió la necesidad de preocuparse por ella ni deseó tenerla a su lado. Sin embargo, el día que recibió su visita en la cárcel de Los Ángeles, Howell Shepard se dio cuenta de que en su corazón, su hija ocupaba de pronto un lugar preeminente. Por ella hubiera querido poder borrar todo lo pasado, pero este deseo llegaba demasiado tarde.

En el cambio verificado en Howell influyó mucho el descubrir el cariño que su hija le había conservado a pesar de que era la primera vez que le veía. Cuando le propuso la huida para marchar juntos a establecerse en otro lugar del Oeste, Shepard aceptó jubiloso y dio a su hija las instrucciones necesarias. De pronto, todas sus esperanzas se vieron abajo al descubrir que los hombres que le sacaban de la prisión no hacían más que llevarle de una cárcel a otra, acaso peor.

Durante una semana viajó entre los bandidos, sin comprender cuáles podrían ser sus intenciones respecto a él. Sólo cuando fue encerrado en la cabaña con su compañero y con Juana, empezó a temer que se le pensara utilizar para algún fin que sólo significaría un empeoramiento de su suerte.

Las palabras del centinela que les ofrecía la salvación le hicieron comprender que sus temores no habían sido infundados. Por ello aceptó la única tabla de salvación y decidió aferrarse a ella hasta el último momento.

-¿No te decides a seguirnos? -preguntó a Turner.

El abogado negó con la cabeza.

-No... no... -tartamudeó.

-Vamos, pues -dijo, volviéndose hacia el centinela.

Y, tomando de la mano a su hija, salió de la cabaña.

Charles Turner no se había quedado sólo por miedo. Se sentía capaz de seguir a Shepard y al que él creía un muchacho; pero una astuta idea había germinado en su

cerebro. Aguardó, pues, unos minutos, y cuando supuso a los Shepard y al centinela lo bastante lejos para que no pudiesen impedirle lo que pensaba hacer, se levantó y saliendo de la cabaña dirigióse hacia la tienda del jefe de los bandidos. Contra lo que pudiera haberse esperado, no tropezó con ningún obstáculo y nadie le impidió la entrada en la tienda. Sin embargo, Turner prefirió llamar desde fuera, temiendo que la presencia de un extraño provocara en el jefe de los bandidos una reacción violenta.

-¡Jefe! ¡Jefe! -llamó varías veces.

Al cabo de un minuto se oyó dentro de la cabaña un rumor y el jefe de los bandidos, siempre con el rostro cubierto por la máscara, salió de la tienda, armado con un revólver.

Al ver a Turner no pudo contener un grito de asombro.

-¿Qué haces aquí? -gritó, agarrándole del cuello.

Dominando su terror, Turner consiguió replicar:

-Vengo a ayudarle.

-¿Quién te ha soltado? -gritó el jefe, a cuya voz empezaron a despertar los bandidos.

-Un traidor -agregó Turner-. Si me ayuda le diré toda la verdad.

-Claro que te ayudaré -respondió el jefe-. Habla.

Turner explicó todo lo ocurrido y la fuga de los Shepard y del centinela. Al oír el nombre del *Coyote*, el jefe de los bandidos apretó rabiosamente el brazo de Turner.

-¡Ya me pagará lo que han hecho!

Dejándole allí, volvióse a sus hombres y ordenó que diez de ellos partieran detrás de los fugitivos y no regresaran sin haberlos capturado vivos o muertos.

En un abrir y cerrar de ojos se organizó el grupo perseguidor y cuando aún la noche invadía la tierra, diez jinetes abandonaron el campamento en persecución de los fugitivos.

El camino seguido por éstos sólo podía ser el del sur, y, por lo tanto, los bandidos no tuvieron demasiadas dificultades en dar con el rastro dejado por los tres caballos. A pesar de esto, su avance no podía ser muy rápido, pues lo quebrado del terreno los exponía a pasar, sin darse cuenta, junto a los que perseguían.

Con las primeras lividece de la aurora, descubrieron a un kilómetro y medio a los tres jinetes a quienes buscaban. Desapareció el riesgo de perder la pista y los diez bandidos espolearon salvajemente a sus caballos.

La polvareda que levantaban y el violento batir de los cascos de sus animales llevaron hasta los fugitivos la primera noticia de que su huída había sido descubierta.

La noticia llegó demasiado tarde, cuando ya la oscuridad no podía ofrecerles amparo. Howell Shepard miró interrogadoramente al auxiliar del *Coyote*. El hombre replicó señalando, significativamente, hacia delante. Había que seguir huyendo. No existia más solución.

En cambio, los perseguidores tenían otras soluciones, y una de ellas comenzaron a ponerla en seguida en práctica.

De haber descubierto los fugitivos cinco minutos antes la persecución de que eran objeto, aún se habrían podido salvar, pues en vez de seguir el alto camino que discurría por la cresta de las montañas, y que fue elegido por ser el más difícil, el más rocoso, y, por lo tanto, aquel en que menos huellas quedarían, y el más largo, detalles que debían hacerlo el menos lógico, hubieran podido descender al llano por cualquiera de los otros dos senderos que se bifurcaban al comienzo del camino alto.

Dejando dos hombres en aquel punto, los bandidos se dividieron en dos grupos de a cuatro y como un alud descendieron por ambos caminos en dirección al punto donde el sendero de la cresta descendía hacia un espeso bosque de gigantescos pinos rojos.

Si lograban interponerse entre el bosque y los fugitivos la suerte de éstos quedaba sellada, ya que sólo entre los árboles podrían escapar de sus perseguidores.

Mientras marchaban todo lo aprisa que el terreno les permitía, los fugitivos podían ver, abajo, a ambos lados de la cumbre de la montaña, los dos grupos de jinetes que eran como los dientes de una tenaza, dispuesta a cerrarse sobre elfos.

-Sólo nos queda una solución -dijo, de pronto, el agente del *Coyote*-. Yo me quedaré entre las rocas, al final de este sendero, y procuraré entretener lo mejor posible a ésos. Así ustedes tendrán tiempo de alcanzar el bosque.

-¿Y usted?-preguntó Shepard.

El hombre se encogió de hombros.

-Los tres no podemos ya salvarnos -dijo-. Alguno se ha de quedar.

-Puedo quedarme yo -dijo Shepard.

-Mi jefe me ordenó que le salvase. Si se queda...

No terminó la frase; pero su final era bien claro. El que se quedara moriría.

Mientras, proseguían el avance, seguidos a mil metros escasos por los otros dos bandidos.

Howell Shepard revivió durante aquellos momentos toda su vida pasada. Sus culpas, sus delitos, el incumplimiento de sus promesas.

-No, no puedo sentirme orgulloso -murmuró-. He vivido lo peor que he sabido.

De pronto, al mirar a su hija, escuchó en sus oídos o en su alma una vieja frase que habían leído muchas veces sin comprenderla: «Una bella muerte honra toda una vida.»

-¿Qué probabilidades tenemos de salvarnos? -preguntó al agente del *Coyote*.

-Depende de la resistencia que yo pueda ofrecer -replicó el otro-. Si los retengo veinte minutos podrán ustedes adentrarse mucho en el bosque. Si no puedo aguantarlos tanto tiempo y consiguen meterse en el bosque a poca distancia de ustedes... pues tendrán que defenderse como les sea posible. Tal vez el muchacho pueda ayudarle...

-Es una mujer -dijo Shepard-. Es mi hija.

El otro jinete le miró con asombro.

-¿Su hija?-preguntó-. ¿Y cómo es que va vestida de hombre?

-Adoptó el traje para estar más segura.

-Mal lo pasará si vuelve a caer en manos de mis antiguos compañeros. Si descubrieran su verdadero sexo... En fin, creo que tendré que superarme en el esfuerzo por salvar a su hija.

-Yo también le ayudaré -dijo Shepard-. Si son dos los caminos que deben defenderse, usted solo no podría resistir mucho.

El hombre no replicó. Aceptaba la ayuda de Shepard porque la consideraba plenamente lógica.

Shepard avanzó hasta su hija y colocándose a su nivel, le dijo:

-En el bosque hacia el cual nos dirigimos hay varios hombres del *Coyote*. Debes procurar llegar hasta ellos y explicarles lo que ocurre. Nosotros nos quedaremos atrás, parapetados entre las rocas, hasta que tú vuelvas. Debes darte prisa.

Juana de Abizanda dirigió una temerosa mirada a su padre.

-¿Qué piensas hacer? ¿Por qué no me acompañas?

-Porque nos alcanzarían y entonces nada ni nadie podría salvarnos. Tú eres la más ligera de los tres, tu caballo está descansado; no te será difícil llegar hasta los hombres del *Coyote*.

-Pero...

-Date prisa -insistió Shepard-. Adelántate ya. Aprovecha todos los segundos. Piensa que de ti depende que nos salvemos.

Al decir esto, Howell Shepard sabía que mentía; pero se daba cuenta de que sólo por salvarle a él aceptaría su hija marchar de su lado.

Durante un minuto, Juana tuvo apretada con gran fuerza la mano derecha de su padre; luego, picando espuelas se adelantó y, a pesar de lo dificultoso del terreno, en pocos minutos cobró una gran ventaja sobre sus compañeros.

Howell Shepard comprendió que nunca más volvería a ver a su hija. Dos lágrimas parecieron hincharse en sus ojos, hasta reventar y desbordarse por las mejillas.

-¡Y para eso he sido durante toda mi vida un canalla! -pensó.

Su compañero le observaba en silencio. Parecía ajeno a la situación, como si la muerte no se cerniera también sobre él.

Cuando llegaron al final de la cresta y comenzó el descenso hacia el bosque, Shepard y su compañero empuñaron los rifles que iban en la funda que pendía de la silla. Al mismo tiempo buscaron con la mirada a los ocho jinetes que formaban la peligrosa tenaza. ¡Estaban demasiado cerca para que se pudiera intentar la huida hasta el bosque! Expondríanse a tener que hacerles frente en terreno descubierto y con todas las ventajas para ellos.

Dejando sueltos a sus caballos, los dos hombres corrieron a parapetarse detrás de unas altas rocas, desde las cuales se dominaban los senderos que ascendían desde el llano. Un momento antes, Shepard buscó con la mirada a su hija y la vio a punto de entrar en el bosque. En seguida volvió su atención hacia los jinetes que llegaban por su lado y apuntando cuidadosamente apretó el gatillo.

En el momento en que sonó el disparo otra lágrima le nubló la vista. Cuando borró la lágrima con el dorso de la mano, Shepard vio que su disparo había sido certero, y que un caballo alejábase espantado del jinete que dejaba en tierra.

En el mismo instante sonó un disparo que procedía de su compañero y luego, tres balas rebotaron en la roca, cerca de su cabeza. La lucha había empezado. Sólo un milagro podía alterar el lógico final.

Generalizóse el tiroteo y Shepard procuró dirigir sus balas contra las nubecillas de humo que acusaban la posición de sus adversarios; pero el tiro era difícil y sólo por verdadero milagro logró alcanzar a otro de los bandidos.

Su compañero, en cambio, más diestro en el manejo del fusil disparaba sólo de tarde en tarde; pero al cabo de unos cuatro minutos, deslizóse hacia Shepard y le anunció, al oído:

-Ya concluí con los míos'. Ahora vamos por los...

No terminó la frase. La vida que una décima de segundo antes animaba aún su rostro se borró violentamente, y como empujado por una mano invisible cayó de bruces junto a Shepard, mostrando en la espalda el orificio de entrada de la bala que había terminado con él.

Todo ocurrió tan velozmente, que Shepard sólo se dio cuenta de su reacción al notar que estaba disparando contra la desembocadura del sendero de la cresta. El disparo que puso fin a la existencia del agente del *Coyote* había llegado de allí, procedente de uno de los dos jinetes que les habían seguido y a los cuales habían olvidado casi por completo.

Dos veces disparó Shepard contra sus nuevos enemigos, y su segundo disparo fue seguido por el rodar de un cuerpo humano que pareció saltar fuera de su escondite.

En el mismo instante, Shepard sintió un golpe en el pecho y hasta sus oídos llegó, muy lejano, el eco de un disparo. Todas las fuerzas le abandonaron. El fusil escapóse de sus manos y ante sus ojos todo se nubló. Una paz infinita inundó su alma. ¡Al fin podía descansar!

¡Era el dieciséis de septiembre, el día que se había fijado para la ejecución, en Los Ángeles, de Charles Turner y Howell Shepard!

El último pensamiento de éste fue para su hija. Y para ella fue también su última inquietud. Luego, todo fue paz en el alma de Adolfo de Abizanda.

Cuando los tres jinetes que sobrevivieron a la rápida lucha reuniéronse en torno a los cadáveres, maquinalmente se quitaron los sombreros. Era un ademán de respeto hacia los hombres que tan bravamente habían luchado hasta el fin.

Pero en seguida pasó esta que podría llamarse debilidad y los tres volvieron a montar en sus caballos y partieron en pos del tercer fugitivo.

Juana de Abizanda esforzóse por seguir en línea recta por entre los árboles; pero toda su atención se fijaba en los disparos que se oían a lo lejos. En tanto que siguieran sonando quedaría la esperanza de que su padre aún estaba vivo; pero si llegaban a cesar... Entonces el silencio sería señal de muerte, y en aquella desigual contienda sólo unos podían ser los vencidos.

Varías veces en su fuga a través del bosque, creyó que los disparos habían cesado. Entonces detenía su caballo y escuchaba, y sólo cuando volvía a oír el eco de las armas, reanudaba la fuga.

Al fin, en una de aquellas detenciones, sus oídos sólo captaron silencio. Profundo silencio, que en su inexpresión era trágicamente expresivo.

Juana aguardó un minuto, dos o tres. Lo hacía sin darse cuenta de que estaba malogrando el esfuerzo realizado hasta entonces. Quizá hubiera permanecido allí durante una hora si, de pronto, no hubiese llegado a sus oídos el blando batir de los cascos de unos caballos sobre el suelo tapizado de panocha.

Fue un toque de alarma que la joven captó en todo su terrible significado. Después de matar a su padre y a su compañero, los bandidos la buscaban para terminar también con ella.

Fue el instinto de conservación el que la hizo hundir las espuelas en su caballo y reanudar la fuga; pero había perdido demasiado tiempo, y aunque su abuelo había hecho de ella una experta amazona, los hombres que la perseguían iban ganando rápidamente terreno y al cabo de diez minutos de persecución a través del bosque comenzaron a disparar.

No resultaban excesivamente peligrosos aquellos disparos, ya que el obstáculo que presentaban los árboles era suficiente para proteger a la joven que huía por entre ellos. Pero varias balas pasaron lo bastante cerca para convencer a Juana de Abizanda que sus perseguidores no tenían especial interés en cogerla viva.

Un terror loco se apoderó de ella y desde aquel momento ya no tuvo noción exacta del lugar adonde se dirigía. Entregóse al instinto de su caballo y sólo prestó atención al galope de los caballos que la perseguían y a las balas que se hundían en los árboles, lanzándole trozos de corteza.

De pronto, la joven sintió cómo su caballo se estremecía violentamente, y después de dar un par de traspiés, se detenía sacudido por un convulsivo temblor. Juana no esperó más. Saltó del caballo que, al momento, se desplomó junto a ella.

Los perseguidores comenzaron a lanzar gritos de alegría que fueron como un espoletazo para la joven, que, aterrada, buscó refugio detrás de un árbol, mientras empuñaba su revólver, aunque se daba cuenta de que sería incapaz de dispararlo.

Pero sus enemigos estaban ya cerca y, cerrando los ojos, Juana apretó dos veces el gatillo. En el mismo instante sonaron tras ella dos disparos más y, al abrir los ojos, la joven vio, tendidos en el suelo, a menos de sesenta metros de ella a dos de sus perseguidores, en tanto que el otro intentaba huir; pero su velocidad fue muy inferior a la de la bala que al fin le alcanzó.

Juana de Abizanda sintióse dominada por unas violentas náuseas. Todo el mundo giraba bajo sus pies y tuvo que apoyar la espalda en el tronco que la había protegido.

A través de las brumas que borraban su visión, vio avanzar a dos hombres que empuñaban largos rifles. En un momento sus ojos recobraron la vista y al reconocer a uno de ellos gritó:

-¡Señor Grigor!

Earl Grigor avanzó hacia ella y cuando la joven corrió a su encuentro le ofreció el refugio de sus brazos, murmurando:

-¡Pobrecita! ¡Pobrecita!

Cuando estas palabras, fueron comprendidas por Juana, ésta se apartó de Grigor y mirándole a través de sus lágrimas, preguntó en voz baja:

-¿Lo sabías?

-Sí; desde aquella noche. Cuéntanos lo ocurrido.

-Sí, cuéntenos todo cuanto ha ocurrido -pidió impaciente el compañero de Grigor.

Juana le miró. El desconocido se cubría el rostro con un antifaz y, por un momento, la joven no comprendió; luego, recordando, exclamó:

-¡*El Coyote*!

-Para servirla, señorita. ¿Dónde está su padre y los demás?

Dejándose caer sobre una roca, Juana de Abizanda explicó lentamente lo ocurrido. Media hora después, los tres llegaban al lugar de la lucha y se detenían junto a los cadáveres de Howell Shepard y de su compañero.

-Grigor -dijo *El Coyote*-. Usted cuide de enterrarlos. Yo iré a impedir que se cometa el robo.

Capítulo XI

El asalto al tren

Coronado por su penacho de denso humo, el tren avanzaba con velocidad creciente hacia la llanura en cuyo final se encontraba la pequeña estación de Apartadero. Faltaban unos treinta kilómetros para llegar a aquel punto y las inquietudes de los maquinistas y centinelas empezaban ya a disiparse.

Pocas veces había cruzado por aquellos lugares un tren mejor guardado que aquél. Veinte soldados veteranos de la guerra se hallaban apostados dentro del vagón que iba enganchado a continuación de la máquina. Se trataba de un coche mayor que los otros, de sólidas paredes blindadas, capaz de resistir, incluso, el fuego de un cañón de pequeño calibre. Intentar abrirlo desde fuera era completamente inútil, y sin el consentimiento de los que iban en el interior del vagón sería imposible entrar en él.

Cada uno de los soldados se hallaba de pie junto a una de las numerosas aspilleras que se abrían en las paredes del vagón. Iban armados con mosquetones y mandados por un capitán y dos sargentos. El vagón iba ventilado indirectamente y el aire penetraba en él con bastante abundancia.

Aunque el vagón era grande y sus ocupantes no demasiados, quedaba muy poco espacio libre, ya que gran parte del interior del mismo estaba ocupado por tres grandes cajas de acero, dentro de las cuales se encerraban veinte millones de dólares en

oro y billetes de banco. El resto del vagón estaba ocupado por quinientos saquitos, cada uno de los cuales contenía mil dólares en plata acuñada.

Aquella fortuna la enviaba el Gobierno a los bancos de la costa del Pacífico y sería distribuida desde San Francisco. Representaba el pago de las remesas de oro que desde allí se habían hecho a Washington.

Además de la escolta indicada, el tren llevaba otro sistema de defensa que se utilizaba por primera vez. En el último vagón iba instalada una estación emisora telegráfica provista de un gran tambor con cien kilómetros de cable telegráfico que a medida que el tren avanzaba iba siendo desenrollado. El extremo de aquel cable se conectaba con la estación telegráfica que se había cruzado poco antes. Al llegar a cada estación el tren paraba y mediante una pequeña máquina de vapor se recogía todo el cable tendido hasta la estación anterior. Una vez hecho esto se conectaba con aquella otra estación y el tren reanudaba la marcha. Si todo marchaba bien, el telegrafista del tren se limitaba a emitir las letras O. K. cada medio minuto. En el caso de que ocurriese algún accidente, el telegrafista debía dar la alarma, o simplemente, dejar de transmitir. Esto significaría que el tren había sufrido algún percance y al momento se enviaría una máquina de socorro.

Aparentemente, el tren era de mercancías, y en los vagones que seguían al que llevaba el tesoro, se amontonaban cajas de maquinaría de diversos géneros, aunque en cada uno de los vagones se encontraban un par de soldados, dispuestos a repeler la agresión de que pudieran ser objeto.

-No hacen falta tantas precauciones -refunfuñaba el maquinista, dirigiéndose al soldado que detrás de él estaba sentado en el cofre de las herramientas-. Estamos perdiendo el tiempo, en vez de emplearlo en ir más deprisa, y me gustaría saber cómo podrían los bandidos abrir las cajas de caudales que van en el vagón y, mucho menos, llevarse las quince toneladas de oro que arrastramos. Harían falta casi trescientos bandidos para llevarse semejante fortuna.

El soldado, que fumaba una corta y sucia pipa, lanzó un escupitinajo al carbón y explicó:

-No sé cómo lo harían ni los que serían necesarios para hacerlo; pero no me extrañaría nada que lo inten...

No pudo decir nada más porque en aquel instante una ensordecedora detonación sonó a unos cien metros delante de la locomotora, y la doble hilera de brillante vía se quebró en medio de un surtidor de fuego y tierra.

El maquinista saltó hacia la palanca de los frenos y consiguió detener el tren a menos de dos metros del profundo embudo que el explosivo había abierto en la tierra.

No pudo intentar la marcha atrás, porque en aquel instante una granizada de balas penetró en la locomotora, derribando a los dos maquinistas, al soldado y a los fogoneros, sin darles tiempo a defenderse.

En el resto del convoy la reacción fue inmediata. Desde cada uno de los vagones, los soldados abrieron fuego contra las rocas desde las cuales se hostilizaba al tren. Especialmente el vagón donde iba el oro parecía un volcán que en vez de lava vomitase plomo.

En cambio, los bandidos demostraban más interés en terminar con los soldados que iban en los vagones, y contra ellos centraban sus disparos, aprovechando la circunstancia de que dichos soldados eran los que iban menos protegidos.

Durante unos diez minutos el tiroteo se mantuvo en la misma forma, y al fin cesó la resistencia de los soldados apostados en los vagones, aunque prosiguió sin ningún desfallecimiento la de aquellos que estaban en el principal vagón, que en realidad no habían sufrido ni una sola baja.

De pronto, a unos veinte metros del vagón comenzó a elevarse una densa co-

lumna de negruzco humo producido por la inflamación de una gran masa de trapos empapados de aceite de máquinas. El humo, impelido por el viento, fue empujado contra el vagón del tesoro, penetrando en hilillos por las aspilleras y, sobre todo, por los tubos de ventilación y por cuantas junturas había, aunque estuvieran colocados indirectamente.

Fue inútil que los soldados cerrasen las aspilleras. El humo invadió en pocos minutos el vagón, ahogando a los soldados, que trataban en vano de hallar un poco de aire puro.

Desde su puesto de mando, los jefes de la banda de la Calavera observaban, complacidos, el resultado de su bien estudiado plan de batalla, en tanto que sus hombres avanzaban hasta las inmediaciones del codiciado vagón. Por fin, a los ocho minutos de haberse encendido la hoguera, abrióse la puerta del vagón y los soldados comenzaron a salir, restregándose los ojos, tosiendo como si estuvieran a punto de arrojar los pulmones y buscando, a ciegas, un lugar seguro.

Los bandidos los fueron apresando y conduciendo a un punto donde los concentraron, atándolos de pies y manos y tapándoles los ojos con tiras de tela.

Cuando el último soldado hubo salido, se apagó la apestosa hoguera y los bandoleros penetraron en el vagón. No se perdió ni un minuto. Unos bandidos trajeron las ya preparadas cargas de dinamita, se colocaron sobre los techos de las cajas, después de aplicarles las cápsulas detonantes, y luego se cubrieron con sacos de monedas de plata. Esta operación se realizó en poco más de tres minutos y en seguida se prendió fuego a las mechas y todos corrieron a guarecerse.

Sonó la detonación simultánea de las tres cargas de dinamita, y el techo del vagón saltó por los aires, acompañado de un diluvio de dólares de plata que quedaron sembrados en torno al inmovilizado tren.

Volvieron los bandidos al vagón, precipitándose sobre las desventradas cajas de caudales, en tanto que otros iban asegurándose de que no quedaba ningún soldado con vida que pudiera ser testigo del robo. Como sabían el número exacto de fuerzas, que debían defender el tren, no tardaron en comprobar que de los treinta soldados que en total iban en él, sólo quedaban con vida los veinte prisioneros. En el último vagón, junto al transmisor telegráfico, hallaron al operador, con la cabeza atravesada por un balazo.

-Todo marcha como lo proyectamos -dijo uno de los jefes de las bandas.

-¿Qué parte me corresponderá del botín?-preguntó Charles Turner, que estaba junto a los jefes, cubierto también por una máscara de calavera y con las manos apoyadas en las culatas de los dos revólveres que le habían entregado, como premio a su traición, y con los cuales había disparado repetidas veces contra el tren.

El jefe de la banda de Los Ángeles volvió la vista hacia un árbol situado a unos veinte metros detrás de ellos y junto al cual se encontraba uno de los bandidos, sosteniendo un rifle de corto cañón. Sonriendo duramente, el jefe hizo un movimiento con la cabeza y el bandido de junto al árbol echóse al hombro el rifle.

-Un buen pago, Turner -dijo-. Mire hacia allí.

Turner volvióse para ver lo que se le indicaba y, apenas hubo vuelto la cabeza, sonó un disparo y recibió un balazo entre las cejas, desplomándose fulminado.

-Éste es el pago que reservamos a los traidores, imbécil -dijo el jefe.

Y volviéndose a sus compañeros agregó:

-Aunque no encuentren aquí a los Shepard, este cadáver los despistará perfectamente.

-¿No temes que el plan falle?-preguntó otro de los iefes.

El de Los Ángeles negó con la cabeza.

-No, es completamente seguro. El más seguro que puede imaginarse. En su pro-

pia audacia reside su seguridad.

Entretanto, los bandidos habían empezado a sacar el oro que contenían las cajas de caudales.

Capítulo XII

El oro desaparecido

El Coyote y Yesares galopaban sin el menor miramiento hacia sus caballos, salvando cuantos obstáculos se oponían a su paso, en un desesperado esfuerzo por llegar a tiempo de ayudar a los que iban en el tren. Cuando aún les faltaba casi una hora para llegar a la vía férrea, escucharon el eco de una formidable detonación que llegó hasta ellos reverberando de montaña en montaña.

-¡Ya está! -exclamó *El Coyote*-. No llegaremos a tiempo.

Sin embargo siguieron galopando y, al poco rato, escucharon otra detonación más fuerte que la anterior.

-¡Deben de haber volado las cajas de caudales! -exclamó *El Coyote*.

Media hora después llegaron a lo alto de un risco desde el cual ya se veía la vía férrea y desde donde pudieron ver cómo una larga columna de jinetes se alejaba del inmovilizado tren. Cada uno de los jinetes llevaba en la grupa un gran lío de mantas y cuerdas, sin duda el botín cobrado en el asalto.

-Ya todo es inútil -suspiró César de Echagüe-. No podemos intentar nada contra ellos. Son casi doscientos hombres.

-Parece que de Apartadero llega un tren de socorro -indicó Yesares, señalando una larga columna de humo que se acercaba en dirección opuesta a la que siguiera el tren asaltado.

-Esperemos a ver qué ocurre -indicó *El Coyote*.

El tren de socorro, que arrastraba tres vagones de gente armada, llegó al borde del cráter de la mina y sus ocupantes saltaron a tierra corriendo hacia el tren del tesoro. Subieron a los vagones y en seguida se dieron cuenta de que toda la inmensa fortuna que se transportaba había desaparecido. Registraron los alrededores, hallaron a los veinte soldados prisioneros; pero no descubrieron el menor rastro del oro.

Poco después llegó otro tren de socorro, también de Apartadero, adonde se había comunicado la noticia del asalto, y de sus vagones se bajaron unos trescientos caballos en los cuales montaron otros tantos hombres, emprendiendo la persecución de los fugitivos, que, abrumados por el peso del oro, no podían andar muy lejos.

Mientras tanto, los equipos de obreros que habían llegado también en el otro tren, procedieron a rellenar el embudo formado por la explosión y a colocar otras vías en sustitución de las que habían sido destrozadas por la dinamita.

-Creo que ya hemos visto todo lo que podía verse -dijo al fin *El Coyote*-. Volvamos junto a nuestros compañeros. Tú marcharás en seguida a Los Ángeles.

Aquella noche, *El Coyote*, Earl Grigor y Juana de Abizanda se sentaron en torno de un alegre fuego en la cabaña de un cazador mejicano.

Grigor, cabizbajo, apenas hablaba, aunque de cuando en cuando dirigía in-

tensas miradas a Juana, que había abandonado, parcialmente, el traje masculino. *El Coyote*, que le observaba, comentó de pronto:

-Ha fracasado usted en la labor que le encomendaron, ¿verdad?

-¿Eh? Sí, claro, he fracasado.

-¿Y qué piensa hacer ahora?

Juana pareció aguardar ansiosamente la respuesta del joven. Encogiéndose de hombros, Grigor replicó:

-No sé. Aún no he decidido nada.

Y de nuevo miró a Juana, que inclinó la cabeza y se sofocó intensamente. César comprendió que durante su ausencia los dos jóvenes debían de haberse expresado sus sentimientos; por ello comentó:

-Si usted hubiera triunfado habría recibido un buen premio, ¿no?

-Claro.

-Y se hubiese podido casar con la mujer a quien ama.

-Si...; pero, no...

-¿No, qué? -preguntó *El Coyote*-. ¿Es que no ama a ninguna mujer? Yo hubiese jurado que está usted enamorado de la señorita de Abizanda.

-¿Cómo sabe...? -tartamudeó Juana.

-He vivido lo suficiente para saber leer en los ojos y en los corazones. ¿No es cierto que los dos se aman?

Ni Juana ni Grigor replicaron; pero su silencio fue harto significativo.

-¿Qué les detiene? -preguntó César-. ¿El no haber ganado el premio? ¿O es que no quiere casarse con la hija de un hombre a quien se había condenado a muerte?

Grigor se puso en pie de un salto.

-¡No me importa lo que haya sido el padre de Juana! -gritó-. La amo, y si me quiere estoy dispuesto a ser su esposo.

El Coyote miró a la joven y comprendió que ella estaba dispuesta a olvidar para siempre su masculina educación y a ser de nuevo una mujer sujeta a los menores deseos de su esposo.

-Usted, señorita Abizanda, es muy rica. ¿Cuánto daría por limpiar de toda mancha la memoria de su padre?

-Todo cuanto poseo -declaró, fervientemente, la joven. -

-No hace falta tanto. Con la mitad será suficiente. Existe una persona que puede lograr lo que usted desea. Esa persona es su futuro marido.

-¿Yo? ¿Cómo? -preguntó Grigor.

-Descubriendo el paradero de los veinte millones robados. Usted ignora dónde se hallan, pero yo estoy casi seguro de saber dónde han sido escondidos.

Hizo una pausa y luego prosiguió:

-Hace una hora llegamos a esta cabaña. Al mismo tiempo llegó su dueño, que es uno de los hombres que están a mi servicio. Él me explicó los pormenores del asalto al tren. Los bandidos se llevaron todo el oro y gran parte de la plata. El resto quedó desparramado por los alrededores, a causa de la explosión, y los obreros se han ocupado más en recoger dólares de plata que en reparar la vía. Pero al fin quedó todo arreglado y el tren pudo seguir su viaje hasta Apartadero, donde quedó estacionado. Los que corrieron tras los bandidos anunciaron que los fugitivos marchaban mucho más de prisa que ellos, y aunque siguen buscándolos, han perdido ya la esperanza de alcanzarlos. Entretanto, el Gobierno ha comunicado por telégrafo que recompensará con cien mil dólares la recuperación del oro.

-¿Cien mil dólares? -exclamó Grigor.

-Sí -contestó César-. Usted puede ganarlos, porque yo le diré dónde puede estar el oro; pero a cambio de esa suma podría lograr que el nombre de Howell Shepard

quede limpio de toda mancha.

-¿Cómo?

-Howell Shepard no era ningún santo. No quiero ofender la memoria de su padre, señorita de Abizanda, y mucho menos después del sacrificio que hizo y que estoy seguro le ha valido ante Dios el perdón de todos sus primeros errores, que fueron muchos. No los enumeraré; pero sí debo decirle que el último de ellos fue tan grave que yo decidí castigarlo y, al mismo tiempo, librar a una joven y a su padre del despojo de que iban a ser objeto, y para lo cual se valió Howell Shepard de una falsa acusación que llevó a la cárcel a un inocente. Yo hice que lo encarcelasen y que lo juzgaran. No pensé que llegasen a condenarle a muerte y por ello quise salvarle; pero otros se me anticiparon.

Juana seguía ansiosamente la explicación del *Coyote*. Éste siguió:

-Como no puedo descubrir mi identidad, mi declaración de que Howell Shepard era inocente no valdría nada. Por ello no puedo ayudarla descubriendo la verdad; pero se puede hacer otra cosa. Cien mil dólares son muchos dólares, y para cierta persona representarán mucho más que nosotros. Una mentira llevó a su padre a la cárcel. Otra mentira le devolverá el honor.

El Coyote se puso en pie y dio unos pasos por la estancia; luego, regresando junto a Grigor, expuso su plan.

* * *

Los Ángeles era un hervidero de comentarios. Había pasado una semana desde que se supo la noticia del audaz robo del tren, y el público aún no se había calmado. Hacía comentarios nada piadosos acerca de la incapacidad de las autoridades en su lucha contra los audaces bandidos, y Teodomiro Mateos, el jefe de policía, en un ingenuo intento de desviar el temporal que se cernía sobre él, declaró que la policía tenía una excelente pista que no tardaría en conducir al descubrimiento de los bandidos y del oro.

-Sólo pido un poco de tiempo -suplicó.

El público no estaba dispuesto a concederle tiempo alguno, y por la ciudad comenzó a hablarse en públicos mítines de la conveniencia de nombrar a otro jefe de policía.

Aquella noche, Teodomiro Mateos se retiró a su casa en el más bajo estado de moral, casi dispuesto a presentar su dimisión antes de que le fuera exigida por la fuerza.

Cuando la criada mejicana le anunció que el señor Earl Grigor deseaba verle, Mateos estuvo a punto de contestar que no deseaba ver a nadie; pero con la débil esperanza de que el visitante pudiera traerle alguna solución a su angustioso problema, el jefe de policía ordenó que le hicieran pasar a su despacho.

-¿Qué desea usted? -preguntó con cansada voz a su visitante.

Earl Grigor sentóse frente al dueño de la casa y, sonriendo, anunció:

-Vengo a hacerle un favor, señor Mateos. Creo que el más importante que en estos momentos se le puede hacer.

-¿Cuál?

-El anunciarle dónde está escondido el oro que se robó en el asalto al ferrocarril.

Mateos se puso en pie de un brinco.

-¿Qué dice? -preguntó con voz estrangulada.

-Lo que ha oído. Vengo a decirle dónde está el oro. Los veinte millones.

-¿Dónde están? ¡Por Dios, hable en seguida!

-Un momento -interrumpió Grigor-. Un favor exige otro favor.

-Le daré lo que quiera. Hay un premio de cien mil dólares y otros por un total de treinta mil más. ¿No es suficiente?

-Pienso dejar en sus manos o, mejor dicho, en su bolsillo, todo ese premio. Como ve, el favor será doble.

-¿Y qué quiere pedirme?

-En primer lugar, le repito que sé, positivamente, dónde se ha escondido el oro y, además, quién es el jefe de la banda que ha tomado a Los Ángeles por terreno de lucha. Se lo digo para que se dé cuenta de lo inmenso del favor que le hago. Ahora pasaré a exponer el favor que deseo de usted. Hace tres días, en la misión de San Jacinto, me casé con Juana de Abizanda. ¿La conoce?

Mateos movió negativamente la cabeza.

-No, no la conozco.

-Es la hija de Adolfo de Abizanda, conocido en Los Ángeles por el nombre de Howell Shepard.

-¡Eh!

-Howell Shepard ha muerto luchando contra los bandidos que robaron el oro.

-Pero si era jefe de la banda...

-No. Nada de eso. Howell Shepard no tuvo nunca nada que ver con la banda de la Calavera. Las pruebas que contra él se presentaron fueron circunstanciales, sin ninguna base sólida. Cualquier alto tribunal lo declararía así. Usted sabe que parte de los testigos que declararon contra él lo hicieron siguiendo órdenes de usted. Necesitaba un pequeño triunfo y Shepard se lo facilitó. No es necesario que se excuse. Vayamos a lo que a mí me importa. Especialmente por la tranquilidad de mi esposa, quiero que se limpie de toda mancha la memoria de su padre. Usted declarará, bajo juramento si es preciso, que Howell Shepard trabajaba de acuerdo con usted para desenmascarar la banda de la Calavera. Dirá que todo el juicio seguido contra él fue una comedia encaminada a conseguir el fin que ahora ha logrado.

-¿Cuál?

-El descubrimiento del jefe de la banda y la recuperación del oro. Sin el sacrificio de Howell Shepard nada de eso hubiera sido posible, y hoy la banda sería dueña de una inmensa fortuna.

-¿Y si yo digo eso y después no se recupera el oro? -preguntó Mateos.

-Eso lo dirá después de recuperado el oro. Si cumple lo que le pido, nadie reclamará el premio ni descubrirá la verdad. Si, por el contrario, se quedase usted con el premio y se negara a devolver a Howell Shepard su buen nombre, entonces se descubriría todo.

-¿Y quién es usted? ¿Cómo ha sabido

-Yo vine a Los Ángeles enviado por la Asociación de Banqueros. Soy una especie de policía particular. Lo que ahora se llama un detective. Se me encargó que descubriese las ramificaciones de la banda de la Calavera. Y he logrado el triunfo; pero, al mismo tiempo, estoy locamente enamorado de mi mujer, y sacrifico en su beneficio mi éxito. Prefiero que se suponga que he perdido. Así me retiraré a las haciendas de mi esposa y viviré en el norte de California como un ranchero. ¿Acepta lo que le ofrezco?

-Es una mentira.

-Completa, señor Mateos. Usted gana ciento treinta mil dólares y además la fama de ser el mejor jefe de policía de la Costa del Pacifico. ¿Le parece poco?

-Es mucho, lo reconozco.

-Entonces, ¿acepta?

-Sí.

-Pues bien, escuche lo que voy a decirle y siga mis instrucciones al pie de la letra. Mañana llegará todo el oro a Los Ángeles.

Capítulo XIII

Victoria secreta

César de Echagüe y Ricardo Yesares paseaban por la plaza, que en aquel domingo se veía muy concurrida. Habíase salido de oír misa en la iglesia de Nuestra Señora y los habitantes habían acudido allí a oír el concierto que tenía anunciado la banda militar del fuerte Moore.

Numerosos soldados de la guarnición paseaban también por la plaza, así como un grupo de policías que habían acompañado a su jefe, don Teodomiro Mateos, que en aquellos momentos era objeto de los más despiadados comentarios que podían brotar de los labios de los californianos. ¡Y sólo quien los ha conocido sabe lo duros que pueden ser los suaves habitantes de California cuando discuten una ineptitud oficial!

La atención de los paseantes se vio distraída por la llegada de seis pesadas galeras tiradas por polvorientos caballos. Junto al primero de los pesados carruajes cabalgaba un hombre que, si no apreciado, era, al menos, conocido por todos los habitantes de la población. Dutch Louie, el traficante en máquinas agrícolas.

-¡Buenos días, señor Louie! -saludó César, que se encontraba junto a la primera galera cuando se detuvo.

-Buenos días, don César -replicó el amable holandés.

-¿Me trae la fantástica trilladora de que me habló?

-Pues claro que la traigo. Pero si la quiere tendrá que pagar mucho por ella, pues son varios los que han salido a recibirme para pedir que se la reserve a ellos.

-No creo que nadie pueda ofrecerle más que yo.

-Tal vez yo le ofrecería mucho más que usted, don César -dijo en aquel momento Teodomiro Mateos, acercándose a los dos hombres.

-¿Usted? -preguntó Dutch Louie, mirando sonriente al jefe de la policía-. ¿Es que se ha comprado algún rancho mientras yo he estado fuera?

-Aún no lo he comprado; pero lo compraré. Un rancho de ciento treinta mil dólares.

-Puede ser muy bueno -dijo Louie-. En ese caso le conviene una trilladora mecánica; pero aguarde al año que viene. Antes no la necesitara y por entonces serán más baratas.

-¿Cuánto valen las que trae? -preguntó César.

-Mucho -contestó Louie-. Y ahora, si me lo permiten, iré a descargarlas.

-¿Necesita ayuda? -preguntó Mateos.

-No, tengo a mis hombres.

-Pero unas máquinas tan valiosas no pueden encomendarse a unos obreros descuidados. Creo que mis agentes y unos cuantos soldados serian los que mejor realizarían la operación.

-¿Que quiere usted decir? -pregunto Dutch Louie, palideciendo intensamente.

-Que unas máquinas que valen veinte millones no pueden descuidarse -respondió Mateos-. ¡No se mueva, Louie! ¡Queda detenido!

El holandés bajó la mano hacia la culata del revólver que pendía de su silla de montar y logró empuñarlo y amartillarlo; pero en ese momento Teodomiro Mateos disparó el Derringer de dos cañones que había extraído del bolsillo derecho dé su levita.

Louie quedó un momento inmóvil, con el revólver en alto, como si el disparo lo

hubiera petrificado; luego, en su rostro se pintó un vivo asombro y por las comisuras de sus labios asomaron dos gotas de sangre. Bruscamente, perdió todas sus fuerzas y desplomóse, quedando en el polvoriento suelo de la plaza, con los vidriosos ojos clavados en su caballo que, espantado, saltó hacia atrás.

El movimiento del bruto fue como una señal para que el infierno se desatase en la plaza. Los soldados y los policías, instruidos acerca de lo que debían hacer, empuñaron sus armas, en tanto que los veinte hombres que acompañaron a Dutch Louie echaban también mano a las suyas.

Ambos bandos comenzaron simultáneamente el tiroteo, y en pocos segundos la plaza quedó vacía de paseantes endomingados. En el suelo se veían bolsos, abanicos, alguna mantilla, muchos sombreros masculinos y numerosos bastones, restos y exponentes de una vergonzosa fuga.

Entre los primeros en huir figuró, ¿cómo no?, don César de Echagüe, seguido del famoso propietario de la Posada del Rey Don Carlos. Ellos eran gente de paz.

Y la plaza, en aquellos momentos, era dominio público de los hombres de guerra. Teodomiro Mateos, con un pesado Colt del 44 en cada mano, ocupaba el lugar más visible y acompañaba cada disparo de un salto y de una imprecación. ¡Una de esas deliciosas imprecaciones californianas!

La muerte de su jefe y la ventaja numérica de sus adversarios terminó pronto con la resistencia de los hombres de Louie. Dos de ellos consiguieron escapar, siete estaban muertos, y los restantes, algunos bastante malheridos, levantaron los brazos en alto y entregáronse a la merced de la justicia.

Al cesar el fuego y oírse los gritos de triunfo de los policías y de los soldados, la plaza volvió a llenarse con la misma rapidez con que antes se había vaciado. Era el momento del espectáculo y nadie quería perdérselo. Además, todos deseaban saber por qué había matado Teodomiro Mateos a aquel estrafalario holandés.

Teodomiro Mateos, sudoroso, con las manos sucias de pólvora y rebosante de orgullo, completó su triunfo. Yendo a la primera de las carretas hizo quitar el toldo y ordenó que a hachazos se rompiera el embalaje de la enorme máquina que allí se encontraba. Un par de soldados le obedecieron y no tardó en aparecer la barnizada superficie de una máquina llena de ruedas y engranajes. Subiéndose a la galera, Teodomiro Mateos levantó una tapa y con expresión de orgullo hundió la mano en la cavidad que quedó al descubierto y volviéndose hacia el público mostró un saquíto de lona en el cual se veía en números negros la cifra de «5.000». ¡Cinco mil dólares!

Durante un minuto el jefe de policía mantuvo en alto la mano y el saquito, sin que el público comprendiese la verdad.

-Parece un verdugo, mostrando una cabeza recién cortada -comentó César.

En aquel momento el público comprendió la verdad y un ensordecedor grito de entusiasmo resonó en la plaza.

-¡El oro robado!

-Por una vez Teodomiro Mateos ha dicho la verdad al asegurar que la policía tenía una pista -sonrió César.

Yesares también sonrió.

-No creo que en toda California exista hoy un hombre más feliz que nuestro buen Teodomiro Mateos -dijo.

-Dentro de dos días estará convencido de que todo se debe a su preclara inteligencia -rió César.

En aquel instante Mateos hizo seña de que deseaba hablar. Era muy aficionado a los discursos y ningún momento mejor que aquél para soltar uno.

-Ciudadanos del pueblo de Los Ángeles -empezó. El silencio se hizo absoluto y Mateos prosiguió-: Tengo una grata nueva para vosotros. Durante mucho tiempo he

aguantado en silencio las burlas y hasta los insultos de muchos cerebros equivocados. Entonces callé porque el supremo bien de la obra que yo estaba realizando así lo exigía. No podía salir a deciros quién era el autor del robo que ha conmovido a la alta y a la baja California. Era necesario que todos me creyerais equivocado, despistado, confuso.

Al llegar aquí, Teodomiro Mateos carraspeó y echó de menos el vaso de agua. Por fortuna un chiquillo tenía un botijo rezumante de agua fresca y se lo tendió. Refrescada la garganta, Mateos siguió:

-Yo estaba seguro del éxito de mi empresa, porque desde hacía mucho tiempo había tendido las redes en que al fin han caído los bandidos. Y ahora, ciudadanos de Los Ángeles, quiero pediros vuestro máximo respeto hacia un hombre que sacrificó primero su honor y luego su vida para ayudarme a descubrir a los bandidos que tanto daño nos han causado. Me refiero a Howell Shepard.

Fue tan grande el asombro de todos, que nadie pudo lanzar ni una exclamación.

-Ya sé que os extraña que cite a un hombre a quien un tribunal condenó hace muy poco, en esta misma ciudad, a la infamante pena de muerte en la horca. Todo fue falso. Todo se hizo para lograr que Howell Shepard y su compañero fuesen libertados por la banda que los necesitaba. Howell Shepard partió con esos bandidos y me tuvo al corriente de sus planes. Por desgracia, fue descubierto y murió luchando con los bandidos, aunque no sin vender cara su vida. Que mis palabras, que luego se transformarán en hechos, sean la primera señal de desagravio en favor de un hombre de valor sin igual.

En un extremo de la plaza, Juana de Abizanda, vestida ya de mujer, estrechó la mano de su marido.

-¡Qué bueno has sido! -exclamó.

-Quisiera haber podido hacer mucho más por ti -contestó G rigor.

Entretanto Mateos siguió explicando cómo se enteró del escondite del oro robado.

-Fue diabólicamente sencillo: donde se conducía el oro iban las máquinas agrícolas de Dutch Louie. En cuanto los bandidos lo robaron, en vez de cargar con él y lastrarse con un peso enorme que les hubiera impedido moverse con la necesaria rapidez, escondieron todo el botín dentro de las cajas de máquinas y volvieron a cerrarlas. Había en ellas espacio más que suficiente. Después emprendieron la huida y se pusieron a salvo. El tren fue conducido hasta Apartadero y allí presentóse Louie con sus carretas para retirar las máquinas, que le fueron entregadas sin que nadie sospechara lo que contenían. Luego, Louie vino hacia aquí y pensaba esconder el oro hasta el momento del reparto. Shepard sospechaba de él y me había puesto ya sobre aviso; pero no llegó a tiempo de salvarse y poder disfrutar conmigo del triunfo que al fin hemos logrado.

Todos aplaudieron rabiosamente al hombre que en pocos minutos se había convertido en el ídolo de Los Ángeles. Se pidió una estatua en bronce para el mejor jefe de policía de toda la nación. Se le propuso como futuro gobernador del Estado, se inició una suscripción pública, y todos, unos tras otros, se asomaron a ver las máquinas agrícolas repletas de oro.

-Me parece que la función ya ha terminado -dijo César de Echagüe-. Por ahí vienen Guadalupe y Serena.

-Creo que debemos ir a celebrar el día de hoy con una buena comida, Ricardo.

-Tengo un arroz de pescado que es una delicia. Y un pollo jugoso y tierno...

-Pues allí iremos.

Cuando el grupo se cruzó con Earl Grigor y Juana de Abizanda, César se detuvo.

-¿Qué hay, amiguitos? -preguntó-. Acabo de saber que aquel mozalbete

irascible es una deliciosa damita.

-Que es ya una señora -dijo Yesares-. Yo fui el primer sorprendido.

-Y parecen felices -rió Serena.

-Lo somos -declaró Grigor-. ¡Cuando pienso que por poco nos tiroteamos la primera vez que nos vimos!

-Eso la señorita -repuso Yesares-. Usted pensaba zurrarla. Si lo llega a hacer...

-Le mato -rió Juana-. Y luego hubiera llorado por él toda mi vida, pues desde el primer momento en que le vi me enamoré de él.

-Yo no me di cuenta -rió Grigor.

-No; pero *El Coyote* sí que lo vio en seguida -dijo Juana.

-¿Quién? -gritó César.

-*El Coyote* -rió Grigor-. Usted no cree en él; pero nosotros le hemos visto y hemos estado con él. Y gracias a su ayuda nos hemos casado, don César. Y yo hasta le vi en esta posada.

-¡No! -protestó Yesares-. No ponga mala fama a mi establecimiento.

-No tema. Yo no lo repetiré a nadie más; pero es que don César casi me dijo que no creía en *El Coyote* y habló tan mal de él...

-Y seguiré hablando siempre mal de un hombre que ha unido a la mujer más hermosa del mundo con el hombre más feo del universo. Usted merecía algo mejor, señorita de Abizanda.,

-No -sonrió Juana-. Él era quien se merecía mucho más.

-Entremos -interrumpió Yesares-. Tanta dulzura me va a estropear los guisos. El arroz debe de estar a punto.

-Sí, entremos, no sea que *El Coyote* se lo coma todo -rió César.

En la plaza Teodomiro Mateos explicaba por centésima vez su hazaña al terminar con la banda que asolaba la población de Los Ángeles.

Pero la banda aún no estaba destruida; en aquel mismo instante comenzaba a planear el desquite de la derrota sufrida. Hacia el Oeste había partido la consigna:

¡HAY QUE TERMINAR CON *EL COYOTE*!